

● punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

#259



SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2026 • ISSN: 0188-381X

Concurso 57



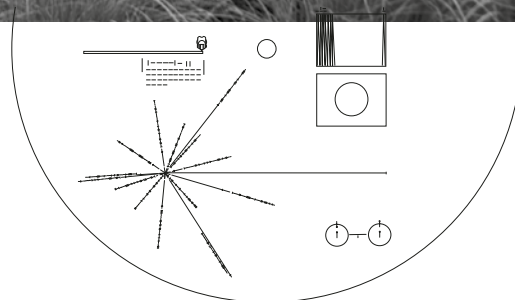
punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

259

6

EDITORIAL



PREMIOS CONCURSO 57

8 *Hilo de Ariadna*
Rafael E. Quezada

27 *La soledad de las maletas llenas*
Natalia Cuellar Barón

15 *Palpitar terrestre*
Jaqueline López Carrillo

33 *Écfrasis para mi abuelo*
Yazlin Aketzalli

GRÁFICA

19 *Metamorfosis*
Sony Hernández Madrigal

41 *Germinar los dientes*
Lorenza Lozano

24 *Así jugábamos antes*
Briseyda Mendoza Guerra

43 *Efectos secundarios*
Heyel Samael Salgado Velazquez



FOTOGRAFÍA

44 *Cuando las canciones de los Beatles y Bad Bunny suenen en otras galaxias*
Manuel Fons

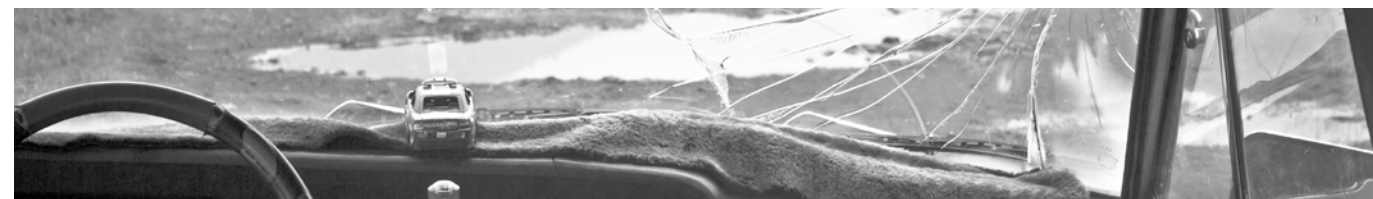
53 *Umbrío, por la libre a Huitzilac (Morelos)*
Jerónimo Palomares

65 *El Sótano Bar Tropical*
Jessica Ripoll

48 *El que agradece que en la tierra haya música*
Iris Morales

59 *Todo empieza en Indios Verdes*
José Armando Barbosa Mendoza "Kelite"

68 *Esa paz doméstica espera la muerte*
Antonio Colohua



NARRATIVA GRÁFICA

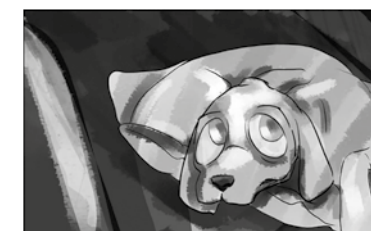
74 *Abandonado*
Celeste Cano Muñoz

80 *Sentimientos sobre un padre que se fue*
Alejandra Ríos



85

RESULTADOS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas

Rector

Rosa Beltrán

Coordinadora de Difusión Cultural

Julia Santibáñez

**Directora de Literatura y Fomento
a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada

Edición: Aranzazú Blázquez Menes

Diseño y dirección de arte: Anilú Zavala

Impresión en offset: Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México, 04510.

puntodepartida.unam.mx

puntoenlinea.unam.mx

Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a

puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución. *Punto de partida* es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102. Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina sulfatada de 12 puntos.

Concurso 57

Poco después de que *Punto de partida* comenzara a circular entre los universitarios, se sumó a la publicación bimestral el concurso anual homónimo. Este año celebramos su edición 57 y acortamos la distancia al sexagésimo aniversario de esta revista, que arrancó en noviembre de 1966. En cuanto a estos certámenes, en los últimos cinco, el hecho de que los trabajos ganadores compartieran tema y ánimo había sido una coincidencia sorprendente, y permitía, de manera más o menos sencilla, encontrar un título para el número en el que se publicaban. Ese denominador común no fue tan evidente esta vez, en cambio, sus autores nos conducen a través de una polifonía de registros, temas y experiencias que configuran, a la distancia, un mosaico generacional.

Cuento es la categoría que da comienzo a este número, en ella fueron premiados Rafael E. Quezada y Jaqueline López Carrillo; el primero con una narración impecable y redonda sobre las obsesiones de un asesino serial, y la segunda con una dolorida voz sobre la maternidad, el despojo y la conexión con la tierra. En Gráfica el cambio es el signo de las dos series ganadoras: la metamorfosis animal en los grabados de Sony Hernández Madrigal, y las escenas de Briseyda Mendoza Guerra sobre los juegos de antes que no necesitaban pantallas, sino espacios públicos seguros.

De las dos autoras reconocidas en Crónica, podríamos apuntar la identidad como punto de encuentro. Natalia Cuellar Barón, estudiante colombiana en la UNAM, se enfrenta a la nostalgia, a una nueva idea de sí y a la discriminación. En tanto que Yazlin Aketzalli enriquece

el recuerdo de su abuelo gracias a la insospechada afición de éste a la fotografía. Con “Germinar los dientes” Lorenza Lozano construye una minificción fantástica sobre la pérdida y la resurrección, y Heyel Samael Salgado Velazquez sacude al lector con una contundente revelación psiquiátrica.

El ensayo de Manuel Fons, ganador del primer premio, baraja con humor y crítica la cuestión sobre lo que consideramos más representativo de la humanidad, lo suficiente para grabar nuestra carta sonora de presentación ante el resto del universo. Y en el segundo premio, Iris Morales articula el valor de la música como símbolo de pertenencia, resistencia y vitalidad. Las dos series fotográficas premiadas registran espacios y momentos de traslado, de trayectos, pero mientras que Jerónimo Palomares captura el escenario campestre que abraza la carretera hacia Huitzilac, Jorge Armando Barbosa Mendoza documenta la experiencia sensorial de la estación Indios Verdes. Cerramos con el broche de oro de la poesía: Jessica Ripoll, primer premio, nos transporta a una noche vertiginosa marcada por la amistad y la irreverencia. Y en el segundo premio, Antonio Colohua emprende un camino a través de las capas emocionales de una infancia que se enfrenta, desconcertada, al duelo.

Para cerrar, una nota: si bien la confluencia de temas es interesante para leer el temperamento de las generaciones jóvenes, igual de elocuentes son, en ese sentido, la variedad, los caminos un tanto ajenos entre sí, como los que aquí compartimos. Celebramos, pues, la escritura persistente, el talento y la dedicación detrás de cada uno de estos trabajos, y esperamos que quienes los lean encuentren algún eco de lo propio en este abanico literario. 

Aranzazú Blázquez Menes

Hilo de Ariadna

Rafael E. Quezada

¿Qué está pasando?!

X, antes Twitter
(máx. 280 caracteres)

Los asesinatos de Ōtomo no Akahito consternaron al planeta por su atrocidad y método inconfundibles. A través de Twitter, este criminal entabló amistad con pacientes en depresión clínica, los indujo al suicidio y usurpó sus identidades. Abro hilo:

Se le atribuyen cientos de víctimas a las que privó de patrimonio, de toda ilusión de seguir vivas e incluso de la voz. Lo raro es que desconocemos su rostro, pues nadie vivió para describirlo, y por eso la prensa japonesa lo bautizó como “el monstruo de las mil caras”.

En vista de la resonancia mundial, he decidido contar en este hilo cómo el asesino perturbó mi pacífica existencia, cuál fue el destino de mi novio Theseus y los trágicos eventos del desierto de Mojave, en el borde oriental de California.

El Mojave es famoso porque hospeda la célebre Área 51, esa base militar asociada con extraterrestres, platillos voladores y luces misteriosas. No me consta la existencia de marcianos entre las rocas, pero sí la inmensa cantidad de vida que alberga:

está repleto de yucas, acebos y bajos pastizales en cuyo intenso ocre se camuflan las víboras, además de ocultar con éxito las madrigueras de los zorros y las ratas canguro. La arena también es propicia para la reproducción de los insectos, escorpiones y escarabajos,

y la planicie favorece a los halcones, las águilas y los murciélagos. Pero Theseus descubrió otra cosa, algo más interesante que el material alienígena de Roswell, Nuevo México. El desierto también favorece a los asesinos, depredadores solitarios por naturaleza.

Quiero hablar de Theseus. Me gustaría hablar de su pasión por los insectos, los *puzzles*, los misterios y la cocina tai. Desearía que conocieran su calidez y su dulzura, el aroma de su colonia, la textura de su espalda. En fin, expresar la magnitud de su presencia.

Pero ni un hilo infinito sería suficiente para hacerle justicia. Por eso hablaré de lo más importante: su afición a los documentales sobre crímenes verídicos. Cuando Netflix estrenó la miniserie sobre “el monstruo de las mil caras”, Theseus se obsesionó con Akahito, al grado de

olvidar las comidas, descuidar la higiene, botar el equipo de fútbol y faltar a su empleo en Silicon Valley, hasta que fue despedido. Pero no le importó. Dedicaba horas a leer notas e informes filtrados, reunía fotos y meditaba los pasos de Akahito, días y noches completas.

Me preocupaba, pero no era un comportamiento inusual. Theseus padecía un trastorno límite recién diagnosticado cuyas peores crisis lo empujaban al aislamiento y a vicios insanos. Se atracaba con frituras y Coca-Cola, a veces se embriagaba en soledad

y cayó de bruces en la cocaína. En ese aspecto había logrado un progreso considerable. Afirmaba que gracias a mi apoyo y a la palabra de Dios se mantenía alejado del alcohol y las drogas. Pero ni Cristo ni yo pudimos evitar que jugara al detective.

En el fondo, ésa era la intención de Theseus: localizar a Akahito, detenerlo y llevarlo ante la justicia. Aunque la Interpol ofrecía una recompensa sustanciosa por información que llevara a su captura, el dinero era secundario. Theseus perseguía la emoción, la aventura,

la intensidad de las historias policiacas que seguía para escapar del vacío. No le deseo a nadie la misma experiencia. Ignoro si alguien de ustedes, lectores, ha estado en su lugar o en el mío, pero entiendo la impotencia de no poder ayudar a tu pareja en su lucha contra la enfermedad.

Lo más complicado en nuestro caso fue la comunicación. Theseus se resistía a confrontar sus emociones. Pretendía ser fuerte y para ello se puso la máscara de investigador, un escudo frente a su tormenta interna. No quería decirle haz algo con tu vida, date cuenta, revive,

porque eso habría sido equivalente, o peor, al abandono. Por eso cuando Theseus expresó que necesitaba tiempo a solas no me ofendí ni lo interpreté como un rechazo. Le aseguré que podía contar conmigo, que estaría a su lado incluso en la distancia,

pues el apoyo o la soledad no se limitan a las presencias corporales. Creí que hacía lo correcto al brindarle espacio. Además, yo también necesitaba un respiro de los pensamientos intrusivos y la impotencia. En ocasiones, experimentaba el peso de la culpa,

me sentía insuficiente e inútil al no poder sanar a Theseus. Estábamos ya tan vulnerables que no fuimos conscientes del peligro al acecho. Y si los coyotes aúllan en el desierto para llamarse unos a otros, romper la soledad y mantener la unión de sus jaurías,

nosotros emprendimos la estrategia opuesta. Acordamos retomar el contacto hasta después de las fiestas decembrinas. Nos despedimos en la cena de Navidad con un largo abrazo (aún siento ese calor cuando cierro los ojos) y convenimos encontrarnos a finales de enero.

Aquí es donde la historia comienza en verdad. Pasé la fiesta de Año Nuevo en Reno, junto a mi hermana y mis sobrinos. Pocos días después regresé a Carson City y dediqué el resto del mes a organizar el material para el libro de autoayuda que intentaba escribir.

Durante todo ese tiempo no supe nada de Theseus. Marcaba las lunas en mi calendario como si fueran días en prisión, contaba las horas para encontrarme con el hombre renovado y dulce al que extrañaba. Ignoraba que las cosas ya jamás serían las mismas.

Antes de la fecha pactada, recibí en mi correo una tarjeta virtual, supuestamente de Theseus. La fotografía mostraba un cañón magnífico desde



▲ Nathan Alexander, *The Badwater Basin of Death Valley, CA*. CC BY-SA 3.0

lo alto de un monte, bajo la noche más estrellada que había visto en mi vida. El texto del *mail* contenía las siguientes palabras:

Dunas de tiempo.
Se aproxima la muerte,
ciclón de arena.

El mensaje, como podrán imaginar, me perturbó debido a sus antecedentes en salud mental. Intenté llamarlo, sin éxito. Rompiendo el acuerdo, corrí a visitarlo en su pequeño piso del centro. El casero me informó que no había visto a Theseus desde inicios de la semana.

Al principio se mostró renuente, pero al final logré convencerlo para que me prestara su llave. Giré el picaporte y entré. El diminuto estudio era casi como una habitación de motel, apenas con espacio para la cama y un escritorio.

Lo primero que vi al entrar al piso de Theseus fue la enorme pizarra repleta de fotografías del desierto. Eran imágenes impresas de internet. Ninguna se repetía y ninguna era semejante a la que yo había recibido.

Cada foto tenía escrito en el reverso un lugar, una fecha y un nombre distintos. Durante un instante no los reconocí, pero luego la memoria me transportó a las noches en que vi la miniserie con Theseus: los nombres eran las víctimas del “monstruo de las mil caras”

y las fechas correspondían al descubrimiento de sus cuerpos. Un hilo rojo conectaba las imágenes entre sí. Siguiendo ese rastro, los nombres de los desiertos (Atacama, Bayuda, Chihuahua, Gobi, Kalahari) discurrían en estricto orden alfabético. Para mi asombro, los días

también coincidían. Akahito cometía sus crímenes en desiertos respetando el abecedario. ¡Eso era lo que Theseus había descubierto, superando incluso a los agentes de la Interpol! Sin embargo, eso no fue lo más inquietante.

En algunas fotografías la letra era fina y estilizada, muy distinta a la de Theseus. Examiné la pizarra con detenimiento y observé que al final del camino había un hueco en blanco, con restos de cinta, del tamaño adecuado para colgar otra imagen.

Me arrodillé para inspeccionar el suelo. La postal había caído bajo un librero. Era la misma que yo había recibido por *mail*: el cañón y la noche estrellada. Al reverso decía: Mojave-25 de enero. Justo el día anterior. Y en lugar del nombre, tenía las siguientes palabras:

Mira el paisaje.

Laberintos de arena

son los olvidos.

En el apartamento de Theseus faltaba su ropa. Tampoco encontré la maleta de viaje que le había regalado con motivo de su cumpleaños, la única vez que salimos de vacaciones. Eché en falta sus llaves, su cartera, pero encontré su teléfono móvil

apagado en un cajón de la cómoda. Sobre la mesa de centro vegetaba una planta marchita. La fruta en la nevera desprendía un sutil olor a podredumbre, prueba irrefutable del abandono del piso. Y debo añadir que ese día encontré algo más de importancia:

la computadora de Theseus estaba encendida. Tenía la batería al máximo y me pareció raro que no hubiera entrado en suspensión. Al revisar el navegador, encontré una cuenta de Twitter, sin seguidores ni seguidos, de la cual yo no tenía conocimiento. Revisé las últimas publicaciones y

lo que leí me estremeció. Sus tuits eran breves aforismos suicidas, comentarios sobre el final de la vida, glosas pesimistas a la existencia. *Cuesta trabajo encontrar un motivo, cada paso que doy me conduce al desierto, estamos condenados a empujar*

la piedra cuesta arriba, para luego dejarla caer. En todos sus tuits había un único me gusta, proveniente de una cuenta privada. La foto de perfil era la stampa *La gran ola de Kanagawa* y la portada era el desierto Mojave que yo había recibido en la postal.

En aquel momento mi cerebro funcionó más rápido de lo que puedo explicar. Con mi móvil, apliqué el buscador de Google Lens a la imagen del cañón. Resultó ser (¡¿cómo no lo pensé?!) una fotografía de la cuenca de Badwater, en el Valle de la Muerte,

al otro lado de la frontera con California. Sin perder ni un minuto (había perdido muchos en las últimas semanas), alquilé un jeep con suficiente

gasolina y potencia para adentrarme en el desierto. Tenía la certeza de que al final del viaje me encontraría con Theseus

y acaso también con el monstruo que daba rostro a sus pesadillas.

No revelé mis planes a nadie ni compartí mis sospechas. La depresión de Theseus me había contagiado la costumbre de guardar secretos y mantener mis emociones ocultas. El silencio es un virus letal, pero también es un lenguaje. Al callar, comunicamos de manera distinta.

En el camino recopilé información en YouTube sobre la cuenca de Badwater. Resulta ser el punto de elevación más bajo en toda América del Norte, a -86 metros sobre el nivel del mar. Además, el Valle de la Muerte en su conjunto ostenta el récord de la temperatura del aire más alta

jamás registrada en el mundo: 134 °F, el 10 de julio de 1913. Dudé que esos datos me ayudaran en algo a encontrar a Theseus, pero obtuve una imagen más clara del espacio desértico y comprendí por qué Akahito elegía ese paisaje para sus crímenes. Los desiertos son

el limbo del planeta, un equivalente natural al solipsismo del espíritu y el aislamiento cotidiano. El clima extremo vuelve inhóspitas las dunas y el silencio hace que la vida resulte infernal y el cuerpo inhabitable. Es como la existencia en las grandes ciudades.

Además, son escenarios para incontables mitos, hogar de bestias y monstruos apócrifos, lugares de leyendas sobre civilizaciones enterradas bajo la arena o de lenguas extintas que, al pronunciarlas en voz alta, revelan los íntimos secretos de la muerte y el tiempo.

Y a través de semejante paisaje mi coche avanzó con rumbo a la cuenca. Con la ventana baja, se impregnó de una atmósfera curiosa de frescura y sequedad. El contraste de la arena bajo la luna pálida con el azul del cielo semejava el paisaje de un glaciar en la Antártida.

Conduje cerca de diez kilómetros por un camino de grava que al final se convirtió en una planicie sin rumbo. Desesperada, busqué indicios de presencia humana: huellas, basura, cualquier pista sobre el paradero de Theseus. Al final, lamentablemente, la encontré.

El bulto surgió de repente ante los faros, al pie de una yuca, y estuve a punto de estrellarme con él. Aunque logré frenar, me provoqué un

latigazo cervical. Las piernas me temblaron y mis palmas se helaron por el sudor. Con precaución, salí del coche y me aproximé al cadáver.

No era Theseus. En su lugar, una mujer en su treintena, pequeña, de facciones filosas y una palidez más allá de los límites de nuestro mundo. Las marcas de unas manos enormes alrededor de su cuello y sus ojos desorbitados completaban ese cuadro de terror.

Yo sabía quién era, y supongo que, a estas alturas, ustedes también. Su nombre era Ariadna. Había ingresado al desierto con el mismo propósito que yo: encontrar a Theseus. Cometió la insensatez de no informar sobre su paradero ni a amigos ni a familiares, mucho menos a la policía.

Con el tacto, confirmé que su piel estaba tibia. Tenía poco tiempo de muerta. Alrededor de su cadáver descubrí una serie de huellas que se alejaban de los altozanos en dirección al despeñadero.

Seguí las huellas para alcanzar mi objetivo. Quinientos metros más adelante encontré a Theseus. Tenía la ropa y el cabello desaliñados, los ojos perdidos, aún en estado de *shock* tras descubrir el cadáver de su novia Ariadna. Me coloqué a sus espaldas y contemplé el paisaje.

Comprendí que el mundo era eso: un hombre detrás de otro, el sujeto y su perseguidor, un cuerpo y la sombra de un cuerpo a la luz de la luna, la cual, recordemos, es sólo un reflejo de la luminaria solar. Ahí estaba yo, frente al hombre que había descifrado

mis obsesiones, precisamente por ser yo la suya. Éramos un desierto circular que iba del centro al resto del mundo y de regreso, como un tornado. Un círculo de seres solitarios, conectados a veces por la soledad de los hilos (hilos como éste) y la inmensidad de sus redes.

No tengo nada por añadir. Mi nombre es Òtomo no Akahito, me apodan “el monstruo de las mil caras” y me odian porque ayudo a los suicidas a morir, a condición de que me entreguen su dinero, sus ilusiones y sus identidades. 

Rafael E. Quezada (Ciudad de México, 1995). Doctorando en Letras por la UNAM. Autor de *El hambre del mundo* (2023). Egresado de la cuarta generación de la Tutoría de Novela UNAM. Ganador del Concurso 48 de Punto de Partida en Cuento, del XXI Certamen de Relato Corto Eugenio Carbajal 2024 y del Premio Nacional de Cuento Beatriz Espejo 2025.

Palpitar terrestre

Jaqueline López Carrillo

Empieza una noche. Parakata escucha un latido que proviene de las profundidades de la Tierra. Errático, con pausas largas, sin cesar. Retumba en las paredes de la casa ausente. Decide salir. Se cubre con un rebozo, los pies descalzos. Fuera, un rastro de humo languidece. Su pecho arde. Parakata tantea sobre la tela: hay un hueco. Sangra. Se pregunta cuándo parará.

No se asusta. En cambio, palpa el pequeño agujero. Debe ser apenas de unos pocos centímetros, pero halla una raíz de nurhítení. Exhala lento, como si fuera algo que esperase. Deja caer su mano, limpia la sangre en el rebozo y continúa a través de las cenizas. El latido familiar permanece.

Desde hace semanas, el pueblo no es más que una sombra mancillada. Despojados en su propia tierra. El dejo de un olor a podredumbre y muerte. Ellos llegaron un día sin aviso. Con sus vestimentas negras, armas largas y rostros deformes en muecas de puro salvajismo. Carentes de piedad. No quedó ni un solo árbol. Parakata oía al bosque gritar, a madre Cuerauáperi sollozar lágrimas verdes. Se había agachado para juntar las cenizas en sus manos, temblorosa.

Reprime el recuerdo. El hueco en su pecho se retuerce. Sus pies recorren la ladera sin dificultad, acostumbrados al relieve. Se aleja más de casa; por primera vez, no le preocupa. Ahora son meras paredes, una estancia vacía que estrangula como si una piedra afilada se alojase en su garganta.

La tierra sigue caliente pese a que la quema fue hace semanas. El olor a humo es denso. Parakata no tiene un destino a donde dirigirse, pero sus pies la llevan hasta el campo de nurhítení. O lo que era. Cree que ahí el latido aumentará; era el lugar favorito de su niña. Ya sólo hay cenizas y la memoria de su mano fría.

Encaja las plantas de los pies sobre la tierra, su mirada perdida. El cabello se alza a su espalda por el viento aullante de la noche. Escucha los grillos y el zumbido de insectos, cómo crujen los restos de madera extraviados del fuego. El latido se ha desvanecido. Su frecuencia es tan baja que parece inexistente. Parakata decide regresar, corazón apretujado.

El cultivo de aguacate es exhaustivo. Apenas tienen descanso. No comen en largas jornadas y siempre los vigilan. Tampoco tienen permitido



hablar entre sí de no ser necesario. Ellos amenazan, los miran como meras herramientas con aquellos ojillos maliciosos de pozos sin fondo.

Parakata no puede dejar de estar inquieta. Nadie se ha percatado de la herida abierta en su pecho. Si acaso, la han observado con lástima. Como todos los últimos días. Quiere gritar, arrancarse el vestido de manta que la cubre.

—¿Es que acaso son ciegos? ¿No ven cómo me desangro? ¿El agujero que me atraviesa? ¿Cómo muero poco a poco? —Pero calla. No la comprenden ni siquiera porque todos los días sale a buscar a su niña.

La raíz en su pecho ha crecido un poco. Se arraiga a su piel, hiriéndola. Contempla cómo gotas de sangre caen sobre las hojas del árbol de aguacate que siembra. Lo mira atentamente mientras el color se desdibuja. Su cuerpo se vacía y a nadie le interesa. Quiere agacharse y pegar la oreja en la tierra; escuchar si de casualidad el latido familiar de anoche es perceptible. Nada. Debe encontrarla antes de desangrarse por completo. Lo único que se oye son los sollozos de Yuritzi a la distancia. Está sembrando a unas cuantas hileras de ella. Su hijo también se ha esfumado. Debe estar bajo tierra, perdido. Yuritzi llora día y noche, pese a que las lágrimas ya no salen, y envejece como ninguna madre debería hacerlo; igual que ella.

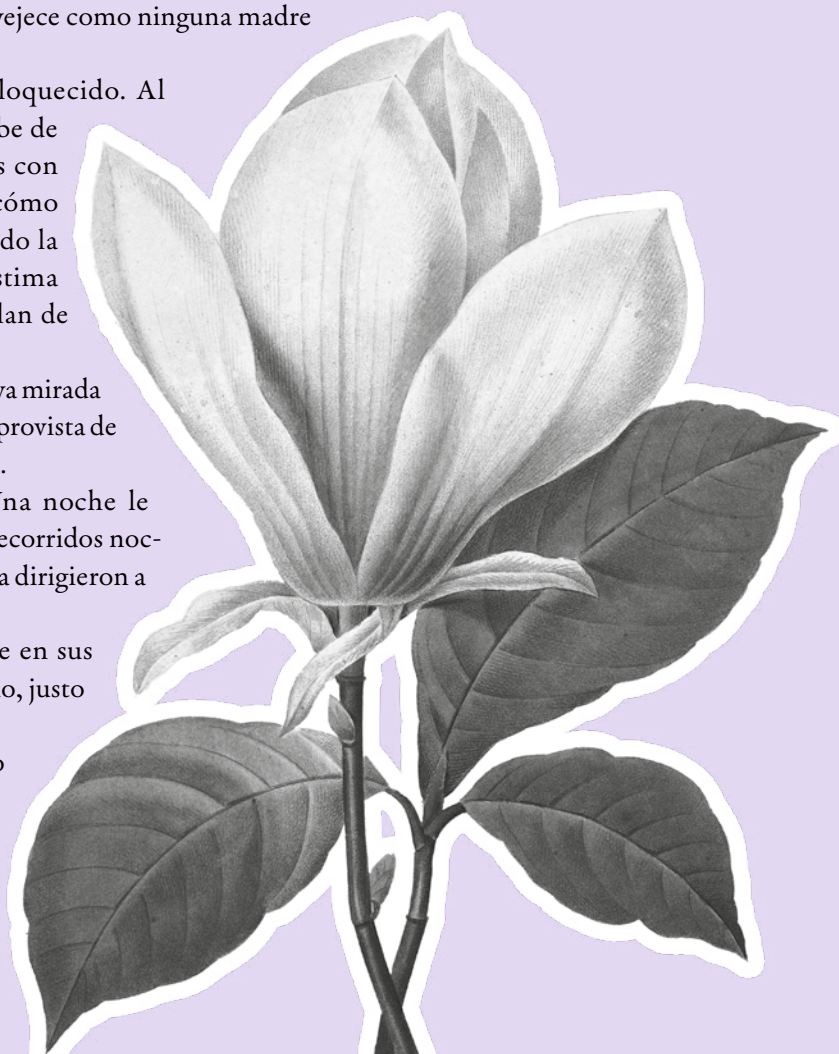
La diferencia es que ella no ha enloquecido. Al menos, no escucha latidos. Parakata sabe de los susurros de sus vecinos, hermanos con quienes pasó la juventud, hablan de cómo ha perdido la cabeza. Que se ha desviado la pobrecita. La contemplan con una lástima arrolladora y, sin embargo, nunca hablan de su hueco sangrante.

Pero entre todos, Yuritzi es la única cuya mirada se posa sobre ella sólo para evaluarla. Desprovista de calidez o crueldad. Casi como un espejo.

—¿Acaso tú tampoco lo ves? —Una noche le pregunta. Sucede en uno de sus tantos recorridos nocturnos con los pies descalzos. Sus pasos la dirigieron a casa de Yuritzi, quien tampoco duerme.

Yuritzi detiene el bordado que tiene en sus manos y alza la vista. La clava en su pecho, justo donde yace el hueco.

—Te veo a ti, cadáver en vida. Como una semilla seca, igual que yo. —Enseguida retoma su actividad. Aguja e hilo danzan entre sí.



—¿Y no lo escuchas? —Yuritzi no responde, tampoco la mira. Parakata prosigue—: Es un latido que proviene del subsuelo. Acechante, invasivo.

El paso del hilo a través de la tela es lo único que se percibe aparte del crepitar de la madera en la chimenea.

—No a todos les habla la tierra.

Parakata permanece sentada en una de las desvencijadas sillas que Yuritzi trajo. Estira la mano hacia un espejo que está sobre la mesa. Su mano apenas lo cubre, está resquebrajado, y cuando mira su reflejo, Parakata, no se reconoce. Está más delgada y su piel se ciñe a sus huesos, como si estuviera amoldándose a un cuerpo ajeno. Las venas de su cuello sobresalen; trazan un camino verdoso de raíces torcidas. Su tono moreno se ha vuelto enfermizo, ha perdido demasiada sangre. Canas tapizan su melena. La raíz ha empezado a crecer hojas verdes que se tiñen de rojo. Aparta el espejo y se concentra en escuchar: hay un golpeteo constante. No es un solo latido, son cientos. Proviene del subsuelo. El hueco de su pecho se apretuja y duele. No le queda mucho tiempo.

Recuerda el sabor acre en la lengua. Los lamentos y la confusión, sus bordes borrosos. El reflejo naranja que se esparce por el bosque. Disparos a quemarropa, gritos, amenazas. Niños que lloran aferrados a las manos de sus madres. Parakata busca a su niña. Tarda en abrir la puerta de madera; su mano tiembla. Ella no está en el cuarto. Parakata permanece inmóvil, su visión se entrecorta. Sin darse cuenta, yace fuera de la casa. En medio del caos grita si alguien ha visto a su hija. Todos corren despavoridos, intentando apaciguar el fuego. Los intrusos los apartan, muestran sus armas largas.

Fue sólo un par de minutos. Salió a comprobar el incendio y cuando regresó, su niña ya no estaba. “¡También están entrando a las casas!”, advertían. El contacto de los pies con la tierra quemaba, el pelo le picaba los ojos. Le habían arrebatado a su hija. Ya no tenía voz, se desgarró de tanto llamarla por su nombre. Todavía arde. Toca su cuello y se despiende en silencio de Yuritzi, quien sigue bordando. “Para cuando mijito regrese a casa”, dice. Es una ofrenda. Parakata va tras el latido.

Se adentra en la noche del bosque muerto mientras se envuelve en el rebozo. A cada paso, una gota de sangre cae del hueco al suelo. La frecuencia de los latidos es indefinida. No tiene rumbo, pero el olor a muerte le dice dónde escarbar. No teme clavar sus dedos en la maleza incinerada, ensuciar sus uñas o rodillas. Tropieza, su respiración se entrecorta, pero nunca se detiene porque los latidos tampoco lo hacen.

Uirucumani es como le llaman: “yacer en silencio”. Su niña, y todos los demás, es lo último que hacen. Palpitan, una vibración en el aire imposible de ignorar.

Metamorfosis

Sony Hernández Madrigal

Técnica: Linograbado



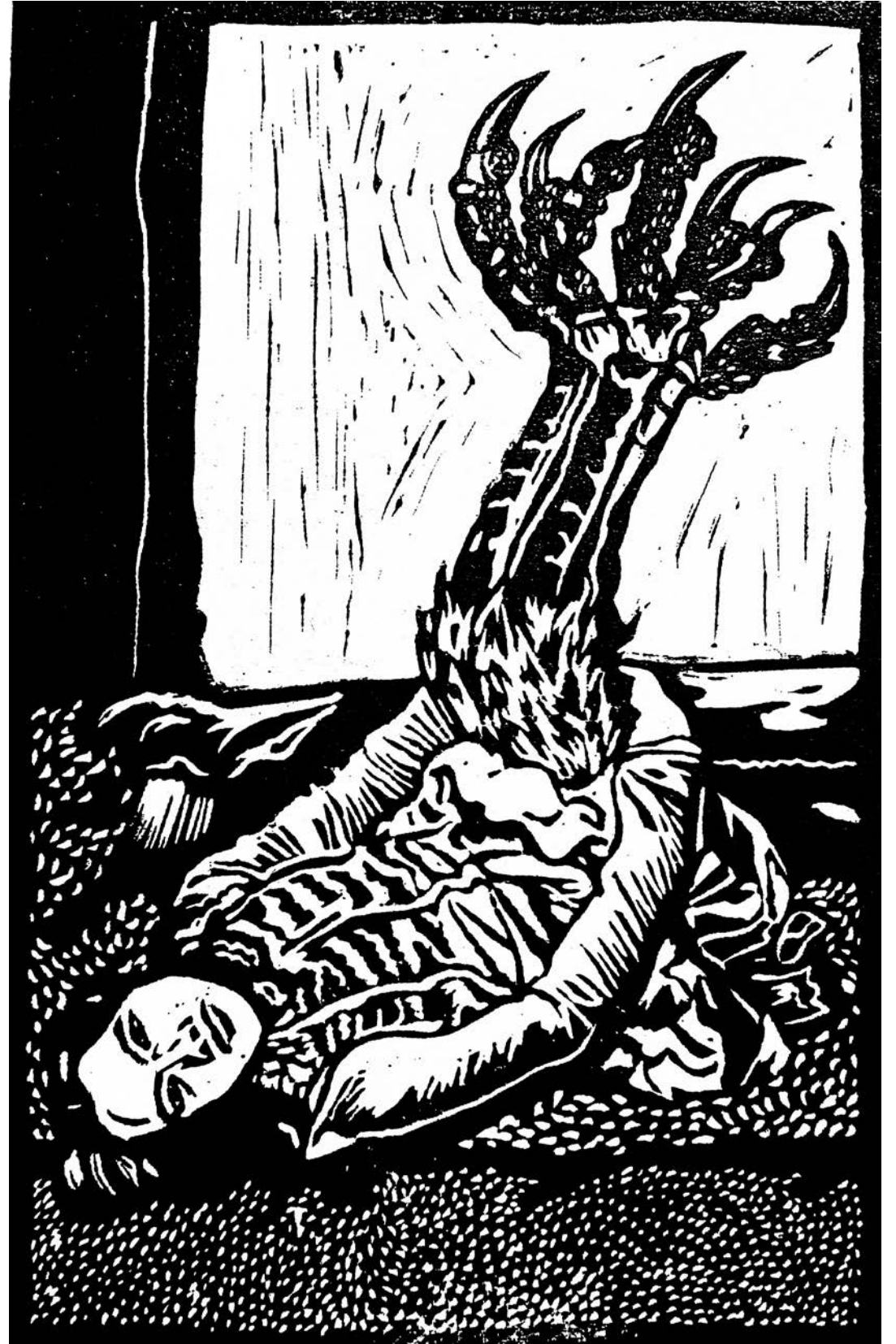
Sony Hernández Madrigal (Ciudad de México, 2006). Artista visual. Estudia la licenciatura en Artes Visuales en la ENPEG "La Esmeralda". Cursó el bachillerato en el CEDART "Luis Spota Saavedra". Participó en exposiciones colectivas en el Centro Cultural Futurama (2025) y en "La Esmeralda" (2026). @bulletsjet

No distingue entre día y noche. Las hojas han crecido considerablemente. Parakata sigue avanzando hasta que las piernas comienzan a fallarle. Casi se desploma. Ha derramado demasiada sangre y el agujero de su pecho la atormenta.

Algo dentro del hueco se hincha como una semilla que por fin encuentra agua. Los zarcillos se expanden. Parakata se tambalea y los sostiene con sus manos, jadeante. Es como si le arrancaran una extremidad. Huele a la nurhíteni cuando recién florece. Un líquido verdoso resbala hasta su estómago. Savia. La raíz empuja su carne con una paciencia brutal, se abre paso bajo la piel. Sale del hueco de su pecho con un sonido húmedo, abriéndose en docenas de filamentos finísimos, como dedos hambrientos. Se dirige hacia la tierra, hundiéndose en las profundidades. Sólo entonces el dolor cambia: ya no es un desgarró, sino echar raíces. Los racimos de la flor la envuelven, la cobijan del frío y absorben sus lágrimas. La tierra la cubre sin dejar de latir. La caricia es cálida.

Parakata escucha los latidos todos los días acostada en posición fetal con la oreja sobre la tierra. Hay un hueco en su pecho que no para de sangrar; llora rojo desde que su hija desapareció. Entinta su rebozo, mientras la raíz no para de crecer. Tiene pétalos naranjas: flor de nurhíteni. Las ramas se han enredado sobre sus brazos formando trazos uniformes. La anclan a la tierra. Escucha los miles de latidos que están ahí abajo, pero siempre busca el de su niña. No la ha encontrado, pero sabe que está ahí, esperándola en alguna parte para regresar a casa. ①

Jaqueline López Carrillo (Guadalajara, 2007). Estudia Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara. Fue beneficiaria del PECDA Jalisco (2025) en la categoría de Literatura. Su obra ha sido publicada en diversas antologías, entre ellas la del III Premio Nacional Sophia FILCO.



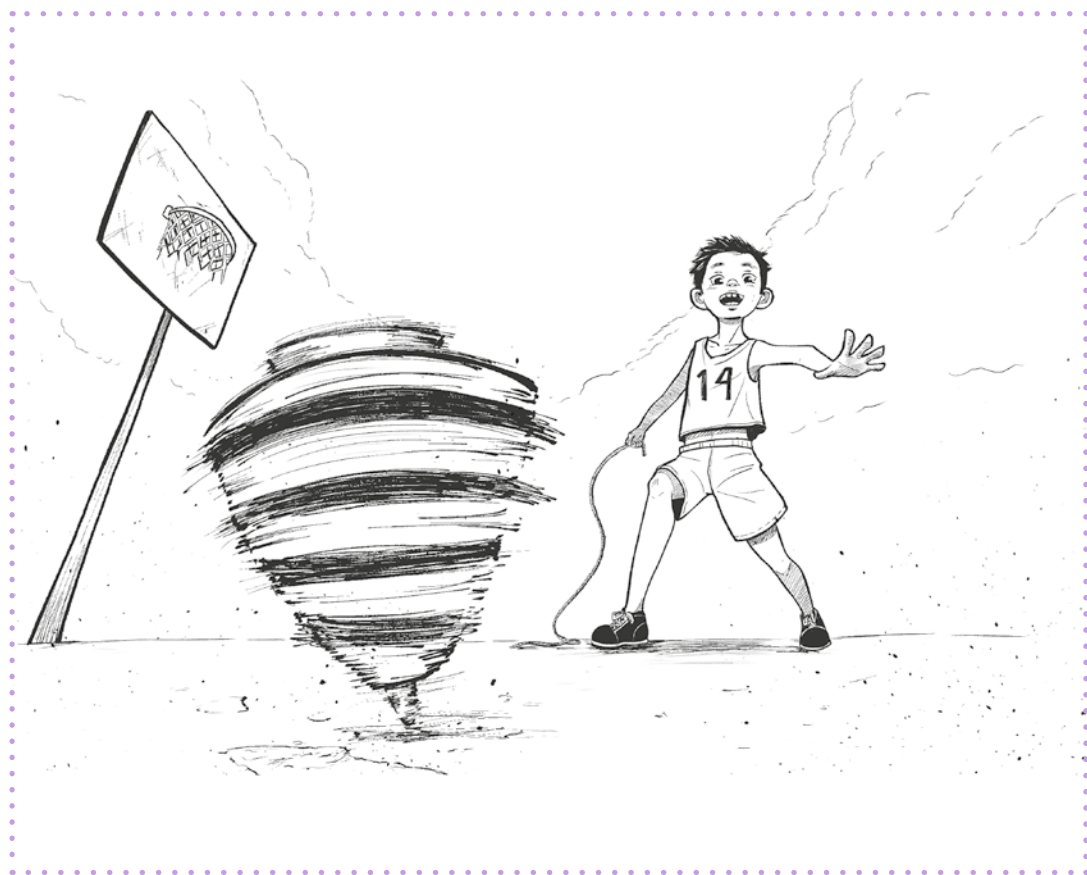


Así jugábamos antes

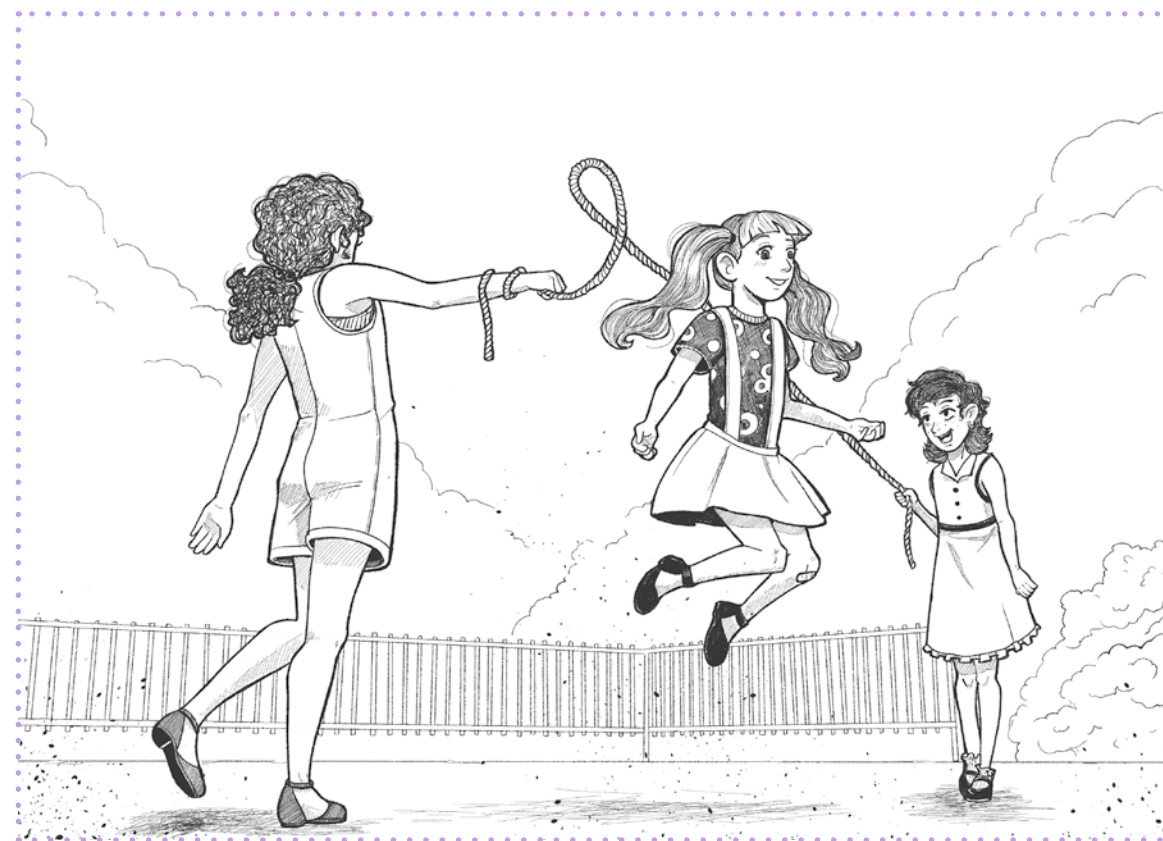
Briseyda Mendoza Guerra

Técnica: Ilustración digital

24



Briseyda Mendoza Guerra (Culiacán, 1992). Diseñadora gráfica por la UACJ. Ganó la convocatoria de logotipo para Grupo 3200 A.C. Ilustraciones suyas forman parte de *En un ranchito a orillas del río* (2023) y *Liminal. Poética de lo no visto* (2026). Fue parte de la exposición colectiva *Túnel Gráfico* (Centro Cultural de las Fronteras, 2025).





La soledad de las maletas llenas

Texto y fotografías de Natalia Cuellar Barón

Ves por la ventana un monstruo gris de trazos verdes. Inmenso. Tus ojos no alcanzan a tocar sus bordes. Observas cómo el concreto trepa las montañas —se las come—; mientras tanto, la sensación de descenso se incrusta en tu estómago. El vacío en el pecho fluctúa entre el aterrizaje y el abismo de los próximos dos años. Se asoman las esquinas rectas de casas con techos rojos; de edificios colosales y avenidas que parecen aortas. Lo que al inicio parecía una amorfa mancha gris es una ciudad. Tocas la tierra desde el aire: aterrizas en la Ciudad de México.



Luis, Ana, La Prieta y Aura tienen algo —quizá mucho— en común: llegaron a la capital de México entre los agostos de 2023 y 2024 con la esperanza de un futuro académico. Desde entonces, la vida cambió. ¿Pero cuándo la vida no cambia? Tienen entre veintiocho y treinta y tres años. Arribaron con menos edad. Al *ombligo de la luna*¹ siempre le agradecerán la gratuidad de su educación. Es casi impensable pagar por un posgrado en sus países de origen —Colombia y Ecuador—. Sin embargo, cada cosa tiene su costo: las decisiones, un posgrado o migrar.

Ésta es una historia, ni tan mía, ni tan tuya, ni tan de otros y otras; más bien, nuestra. Latinoamérica se cimentó como la tierra del mestizaje: la mixtura de distintas raíces que convergen en una sola. Su sentir es, entre muchas otras cosas, llevar la mochila al hombro —con dolores y desventuras— y recorrer selvas, desiertos, ríos, manglares o ciudades. Eso mientras, entre pecho y espalda, cargas la línea del ecuador, el calor del trópico, las herencias del colonialismo y el anhelo de futuros posibles. Mestizaje y Migración comparten su consonante inicial: la misma de Madre, Mujer, Mundo, México y Maletas.

Primer domingo desde que llegaste, tu *roomie* sale a merchar. Ingresas a tu habitación —que ni tan tuya, porque tuya, sólo la maleta—. A través de la ventana se asoma la Narvarte o la San Rafael, el Pedregal de Carrasco o Copilco —colonias de estudiantes—. Han pasado cuatro días desde tu aterrizaje; sin embargo, recién te descubres sola en otro país. La habitación se ensancha y tú te haces pequeña. Paredes blancas, espacios vacíos, silencios que hacen eco. La canción del fierro viejo no pertenece al paisaje sonoro que acostumbrabas. Confundes la campana de la basura con la de la iglesia. El

olor de la tortilla recién puesta sobre el comal te recuerda a las arepas asadas de la casa de tu abuela. Poco a poco, la sensación cambia: llenas las esquinas con plantas nuevas; tu cama, las cobijas, los pósters, las fotografías y cartas de quienes te esperan del Otro Lado —tu país—.

Las experiencias académicas son experiencias de vida. Sin embargo, migrar por motivos académicos está cobijado por otro tipo de aspiraciones. Aura migró por la promesa de un amor que terminó meses después del aterrizaje; Ana llegó por la búsqueda de independencia y autonomía que no alcanzaba en su casa materna; Luis, por la sensación de asfixia en su hogar. Mientras tanto, la decisión de La Prieta respondía al contexto precarizado latinoamericano. Sentía que en su país ya no quedaba mucho por hacer. Vendió su herramienta de trabajo —su vieja cámara fotográfica—, compró una nueva y empacó nueve mudas de ropa. Dejó su piedra bruja² y sus libros en la casa de su madre. Irse no significa falta de amor por el lugar de origen; es, más bien, que hay lugares en los que se agotan las oportunidades. No renuncias a ninguno de los dos países, pues tu corazón empieza a habitar distintas geografías.

Cuentas con la fortuna de tener la residencia temporal de estudiante. Cada agosto vas a las oficinas de migración a renovarla. A las afueras, observas a decenas de personas negras, hablan una mezcla entre alguna lengua africana y el francés —no reconoces muy bien su idioma—, cargan a sus hijos en los hombros. Dos familias de cuatro personas. No son de acá ni cuentan con los miles de pesos con los que podrían “justificar” su deseo de vivir en México. Les preguntas si les puedes ayudar con algo. El oído no alcanza la traducción, pero les entiendes. Les compartes algo de comida. No se volverán a ver.

¹ Se usa este término para referirse a México, con base en algunas interpretaciones del náhuatl.

² Piedra cristalina hecha con granos de arena. La Prieta la obtuvo en el ritual del San Pedro, en Ecuador. Cuenta que, a través de ella y frente al fuego, se puede ver el mundo de las hadas.

Ana empacó poco aquel agosto del veinticuatro. No quería que su madre resintiera el vacío de su habitación. En diciembre de ese año regresó a Colombia y se devolvió a México con casi todo: “Las cosas que dejé son las cosas que dejé... el miedo inmovilizante, por ejemplo”. Luis dejó a sus gatas. No las pudo llevar en su maleta. Empacó poco para dar espacio a la “nueva vida” que anhelaba en México. Cada migrante lleva en su maleta distintas expectativas: de supervivencia, académicas, laborales, amorosas, de vida. Luego, los anhelos se confrontan con la realidad. Desinflas tu pecho. Nada es lo que esperabas. A veces te arrepientes, en otras ocasiones te enorgulleces de las decisiones que te trajeron hasta aquí. Fuiste la primera de tu familia en salir del país por motivos académicos. La primera en hacer un posgrado. La primera en ser becada. La ruptura de los patrones familiares tiene su costo.

Ciudad de México es la ciudad de los pasos infinitos: caminas el pensamiento mientras caminas la ciudad. Llenas las esquinas de recuerdos con ese andar. Semana tras semana vas a nuevos lugares que, con el tiempo, se adentran en tu rutina: ya no son nuevos. Ya no eres turista. Vives aquí. Descubres que hay fantasmas que la habitan —pedazos de ti, y de otros y otras—. Los recuerdos nombran las calles: las primeras veces en el Zócalo, mientras observabas el ondear de la bandera verdeblancaroja; Bucareli y el Café La Habana —en recuerdo al Che y a Fidel—; el metro Eugenia y la expectativa del primer día en la Ciudad Universitaria; la calle Xochicalco en la que viste una palmera caer; los días en Iztapalapa en los que amaste mucho. Construyes una rutina en la ciudad de los pasos infinitos, y te das cuenta de que, por ahora, serás más de acá que de allá.

La lista del súper incluye masa para arepas, unos jitomates y una cebolla puerro. Tu paladar extraña el sabor de la casa materna. Han pasado dos años y no te acostumbras. El precio de los alimentos es mucho más asequible en el barrio de tu infancia. El del tianguis quiere cobrarte treinta pesos de más por un kilo de papaya. Extrañas poderte defender con naturalidad en el lenguaje. Acá tu español es diferente. Lengua materna: la del paladar y el idioma. No sabes cómo empezar a hablar. Te discriminan por prieta; piensas —pero no lo dices—: mestizas somos todas y todos. No entiendes por qué ser morena es motivo de ofensa. Logras pagar cuarenta pesos por tu papaya. Sigues recurriendo a la conversión mental entre el peso mexicano y el ecuatoriano. Te das cuenta de que no es viable, financieramente, seguir con las comparaciones. Lo de allá no es lo de acá; lo de acá no es lo de allá. Agradeces por lo que hay.

Tener mesita de noche, espejo de cuerpo completo y escritorio es lujo. Mucho antes de tu llegada, tus cosas le pertenecían a alguien más. A otro extranjero, seguramente. En el Otro Lado, los lujos no eran más que lugares que diste por sentado. El amor de mamá, las palabras sabias de

papá, el abrazo de tus amigas, el uso de groserías sin explicación alguna, las arepas al desayuno y el kilo de lulo a seis mil pesos colombianos (treinta pesos mexicanos). Olvidas cuándo fue la última vez que recibiste un abrazo sincero. Te preguntas por la experiencia de migrar de quienes atraviesan el Darién o El Paso. Intuyes el dolor que significa para ellos y ellas estar acá, o allá, mientras las condiciones precarias asfixian la posibilidad de sentarse a contemplar y extrañar. Aprendes a medir tus gastos con base en tu sueldo de becaria: tu trabajo acá es estudiar; sin embargo, no te alcanza. Organizas tus finanzas porque, en el Otro Lado, no hay mucho dinero que te puedan enviar. Eres la responsable de ti misma: lo asumes.

Enfermas de neumonía. Vas a urgencias sola. Sostienes tu mano. No hay víveres en tu nevera. Al finalizar el día, llegarás a casa a pedir el súper —porque tus pulmones no aguantan para caminar hasta la tienda—, te harás de comer. Pero antes, te nebulizan en el hospital. Le escribes a tu amiga un grito de auxilio porque el salbutamol te dio taquicardia y mareo. A pesar del vacío entre tus costillas, descubres que siempre es posible hacer amigas. Que los corazones generosos aún existen, aquí o allá. Vas a su casa y te prepara sopa de fideos. Sabe un poquito a Colombia. Agradeces por la manada que has construido en el camino. Te das cuenta de que tienen en común una migración, una maestría, una casa de estudios y algunos tantos sueños. Se acompañan por dos años. A veces pelean. Bailan cada que pueden.

En sus agradecimientos de tesis, Luis mencionó a *unos pocos buenos amigos*³. A Chuy lo conoció el primer día de clases. En algún momento, los rumores contaban que él sería padrino de su matrimonio con Claudia. Entre borracheras y amanecidas, en la calle de

Xochicalco nació un compadrazgo. A la fecha sigue vigente. Quién sabe si con el envejecer de estas palabras esa amistad también añeje. Lo cierto es que fue el apoyo de Chuy, de Cristina y de Natalia el que acompañó a Luis en los días difíciles. Por el contrario, La Prieta no coincidió con *unos pocos buenos amigos*. Las amistades resultaban en pequeños encuentros insípidos: exceso de conversaciones *polite* que se saturaban con un vacío y un desinteresado “¿cómo estás?”. La Prieta llegaba a casa, se desbordaba en llanto. Reconoció que “tenía que estar sola”. No volvió a aceptar ciertas salidas, así existiera el miedo a la agenda vacía, al día sin abrazo y sin risa cuerpo a cuerpo.

Ciudad de México es la ciudad donde todo pasa al mismo tiempo: donde un duelo es un rizoma. Aura perdió a su papá y la habitación se volvió a ensanchar mientras quedaba vacía y ella pequeña. Caminó el duelo de varios sucesos: su padre, un amor que venía roto desde Colombia, las tres casas en las que vivió, algunas amistades bien-idas. Cambió. “La ciudad nos envejeció”, repite para sus adentros. Un posgrado te envejece. La prisa por las entregas, la presión por el tiempo, los escenarios de competitividad en un mundo en el que eres nueva, ciertos espacios de violencia académica y discriminación. Ni La Prieta, ni Luis, ni Ana son los mismos. Ana descubrió su valor, pues aprendió a cuidar de sí mientras se repetía “haré las cosas a pesar del miedo”; Luis adulteció entre dosis gigantes de pérdida de ingenuidad y humildad; La Prieta se agotó de la discriminación porque “nunca se es suficientemente café, o negra, para ser bien recibida en este lugar”.

Han pasado dos años. Estás a puertas de terminar tu posgrado. La incertidumbre es parte de tu rutina. La aceptas —a veces con angustia, otras con tranquilidad—. Es el último semestre de

tu maestría. Sea como sea, será el fin de una etapa. Te vas despidiendo de la mujer que fuiste. No es necesario acelerar la despedida, pero es inevitable omitir que ésta es la última vez: al menos de ti como estudiante en tu casa de estudios. Caminas la ciudad mientras te despides. La exorcizas de los malos recuerdos. Te exorcizas a ti misma.

Ya no hay tanto dolor en la remembranza del día en el que te rompieron el corazón a las alturas del metrobús de División del Norte; ya conjuraste al fantasma que te espantó en la librería Rosario Castellanos; has tratado de olvidar la vez que encontraste a tu vecino masturbándose cerca de tu habitación. No fue fácil estar acá. Te despides de los dolores que te atravesaron el pecho. Lo lograste. Pocas personas creían en tu proceso. Te titulas. Agradeces a tu tutora por la fe puesta en ti. A las pocas amistades que hiciste en el camino. A quienes te sostuvieron desde el Otro Lado. A tu papá que te cuida desde el cielo. Al país que te ofreció gratuidad y calidad en su educación. A la ciudad de los pasos infinitos, donde siempre hubo algo por hacer. A las quesadillas de los desayunos apresurados. Esperas.

No sabes cuándo será la próxima vez que agarres tu maleta. La guardas en el clóset. Está llena de recuerdos del Otro Lado; también, de los sitios que has visitado con ella. Llegaste con una maleta, ahora son tres. Te preguntas: “¿En qué momento acumulé tantas cosas?”. Cambiaste y ella sigue ahí, más vieja. El polvo sobre su superficie rectangular revela el paso del tiempo. Es una brújula que te recuerda que eres extranjera, viajera y estudiante. Pero no eres una extranjera europea o estadounidense, eres latinoamericana: suramericana. Pareces acoplarte a la ciudad —porque ella no se acoplará a ti—. Aprendes a pedir las cosas sin picante. Persiste la sensación de desventaja cuando escuchan tu acento porque no quieres que “te vean la cara”. Te habitúas con tranquilidad al vagón exclusivo de mujeres. Usas cubrebocas porque hay riesgo de sarampión. Vences el temor a los días sin agenda, a los domingos solitarios y a los viernes sin planes de amigos. Dejas de ver el regreso a tu país como una derrota. Aceptas con gratitud el poder volver, el poder irte. Te vuelves experta en empezar de cero, mientras te acompaña la soledad de las maletas llenas. ①

Esta crónica se terminó de escribir en un año en el que, con el ascenso de la ultraderecha, las políticas migratorias se recrudecieron. Ser migrante es ser humana. Palestina libre.

³ Como tituló Luis Ospina la película dedicada al escritor colombiano Andrés Bello.



▲ 2026

Natalia Cuellar Barón (Bogotá, 1997). Licenciada en Antropología social por la Universidad Nacional de Colombia, y egresada de la Maestría en Diseño y Comunicación visual en la UNAM. Es parte del grupo de investigación Poética Sonora MX. Es parte de la antología *Bogotá Cuenta: del taller a la página* (IDARTES, 2024).

Écfrasis para mi abuelo

Yazlin Aketzalli

Esto es un ejercicio de memoria. Una evocación en la que los nombres son llaves que abren pasadizos algo marchitos en la mente, pero familiares aún al corazón [...]. Aportando, si no orden, algo de realidad a mis recuerdos.

Beryl Markham, *Al oeste con la noche*

Para 2020, el número de fotografías que había almacenado en mi cuenta de Google Fotos había alcanzado los 14.49 GB, un equivalente a unas cinco mil fotos. El confinamiento obligado derivado de la pandemia me había volcado en una creciente necesidad de registrar mis días y mi entorno, todo aquello que en tiempos normales no habría tenido la calma de observar.

Así me convertí en una aficionada a tomar fotos desde mi ventana, a la incidencia de los rayos del sol con el paso de las horas e incluso, de manera involuntaria, registré la transformación de la palmera en la casa de los vecinos de enfrente. Pero sobre todo saturé el espacio de fotos del cielo y de la luna, la mayoría eran casi idénticas, la única diferencia era las que publicaba en redes sociales y las que, irónicamente, confinaba en los GB de mi cuenta. Pensaba que era una forma de conservar y de apreciar el tiempo, una manifestación de nosotros, testigos de la pandemia, que me recordaría cómo era en ese momento.

Dos años después de que comenzó la pandemia, mi filosofía no había cambiado, y a pesar de que las restricciones habían cesado casi por completo, me mantenía fiel a continuar registrando a través de las fotos. En mayo de 2022, mi familia y yo fuimos a Ulapa, una pequeña comunidad perteneciente al municipio de Tetepango, en el estado de Hidalgo. Ulapa de Melchor Ocampo no tiene más de 1700 habitantes, entre ellos mi abuelita, tíos y primos. Es un pueblo que siempre me ha dado la impresión de haberse detenido en el tiempo, una especie de viaje nostálgico al pasado, muy bien representado por el casco de la ex hacienda de San Nicolás que está en el centro de la comunidad y que ahora alberga la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. También porque la dinámica

entre sus habitantes hace parecer que todos son parientes o que llevan muchos años conociéndose, sin importar la generación. Por su parte, los negocios o cualquier emprendimiento son escasos y avanzan de a poco, por lo que las postales que te puede regalar Ulapa casi no cambian.

Las casas siguen iguales, también el ganado, los corrales, el tezontle en algunos terrenos, los órganos: ese tipo de cactus que crece en línea recta desafiando el paso del tiempo, como los mezquites, y que dibuja una atmósfera semidesértica, propia del Valle del Mezquital. Da la impresión de estar dentro de una pintura; por todo eso y porque gran parte de mis recuerdos de infancia tienen que ver con visitas a la casa de mis abuelos, pienso en Ulapa como un lugar que tiene un anclaje directo en mi memoria.

A menudo mi abuelita no sabe qué ofrecernos o cómo iniciar una plática que vaya más allá de los formalismos de un saludo y la pregunta obligada: “¿Cómo están?”, con respuesta obligada también: “¿Bien, gracias, y usted, abue?”. Como una alternativa a esa incómoda interacción trae una caja de plástico que ha sacado de un buró de madera pequeño, que unos veintiún años atrás había destinado para guardar la ropita del menor de sus nietos. Es más bien una especie de tóper de cocina con tapa blanca, aunque el color ya se ha desgastado un poco. Lo pone sobre la mesa larga del pasillo, lo abre con curiosidad como si no conociera su contenido, saca con extremo cuidado un par de fotografías y álbumes que a simple vista revelan el tiempo que llevan guardados.

Una foto llama la atención de la mayoría de quienes observamos, es una imagen en blanco y negro pegada a un librito-álbum de cartón azul, también con tinta azul está

escrito “Veracruz” en la parte superior y “10 FEB-61” en la inferior; tiene de fondo el mar, cerca de la orilla un bote pequeño y en primer plano se encuentra Esteban Fuentes Martínez, mi abuelo, cuyo nombre aparece como “Esteban F. M.” al reverso. Viste una chamarra de piel, una camisa y unos pantalones que, a juzgar por el contraste de la imagen, seguramente son de un color claro; en sus manos porta una cámara, una de las primeras que permitían a los aficionados tomar fotos sin tener



que preocuparse por la apertura de la lente o la cantidad de luz para obtener imágenes nítidas.

El detalle de la cámara entusiasma a todos. Mi hermana, que es fotógrafa, saca del pantalón su celular y en un movimiento veloz desliza el pulgar sobre la pantalla; ahora tiene una réplica digital de la foto, un espacio más ocupado en la nube de su teléfono.

Una especie de cartón sobresale del álbum por su tamaño; descubro que es una postal, una fotografía instantánea en blanco y negro de mis abuelos en Xochimilco. Sus rostros están enmarcados en una figura de “corazón mexicano”, similar a las artesanías, que me recuerda a las pinturas de Frida Kahlo; lleva además las frases: “Para que veas que mi amor Es muy grande y verdadero, Ahí te mando mi retrato, Guárdalo como recuerdo” y “Recuerdo de Xochimilco”. “Son postales que le mandaba yo a mi mamá, tu abuelito también me mandaba cartas cuando yo estaba en México”, me cuenta mi abuelita mientras sostiene la postal con la mano derecha, y con la izquierda acerca su cartera para guardar discretamente una que otra foto.

Esteban Fuentes Martínez tuvo la misma rutina por casi treinta años, rolaba turnos en la Compañía de Luz y Fuerza del Centro en los sesenta, cuando recién se había nacionalizado. Salía de su casa con rumbo a la comunidad vecina, en Juandhó, donde aún se conserva el edificio que fue la subestación y la central hidroeléctrica; el recorrido de poco más de dos kilómetros lo realizaba algunas veces a pie y otras a bordo de una moto. Las jornadas normales consistían en turnos de ocho horas, pero al ser los primeros años de funcionamiento de la central, las horas extras eran comunes. Cuando el turno de trabajo le favorecía podía coincidir a la mesa con su esposa y sus cinco hijos; cuando no, ella, la señora Lolita como cariñosamente ya le llamaban los vecinos, se limitaba a decir: “Ya viene tu papá”, porque en la oscuridad y el silencio del camino de Ulapa, irrumpía la luz y el ruido del motor de una moto. En sus ratos libres, si es que de esa forma se les podía llamar, Esteban se dedicaba al cuidado y crianza de borregos; era usual verlo con zapatos de seguridad, casco, pantalón de mezclilla y la camisola con el escudo de Luz y Fuerza del Centro, un círculo verde y rojo dividido por un rayo blanco.

Breve historia de la fotografía I

Una habitación oscura con un orificio pequeño deja apenas pasar la luz. Sobre una pared se proyecta al revés una imagen del exterior. Esos, los primeros intentos para preservar el instante con mayor fidelidad que la memoria humana; un proceso para dotar de eficacia al recuerdo.

Precisamente porque mi memoria no funciona con esa misma efectividad, con cada fotografía que aparecía de mi abuelo se revelaban frente a mí nuevas historias y anécdotas que nunca imaginé y que distaban mucho de la idea que yo misma me había fabricado de él.

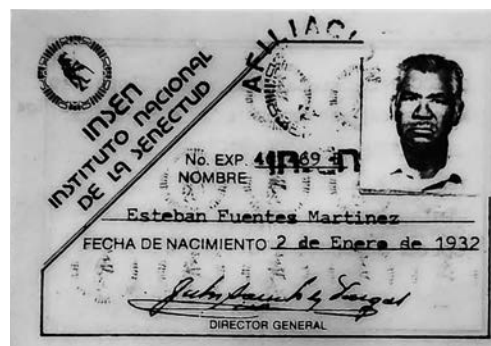
Todo lo que sabía hasta entonces se resumía a su trabajo, al reloj que cuelga de la pared en el corredor con el escudo de la compañía. De ahí que todos mis recuerdos sobre él tengan que ver con la figura de un hombre serio, de pocas palabras, esforzado y dedicado enteramente al trabajo, conductor de un Spirit gris con detalles cafés, en exposiciones de ganado e insumos, y rara vez sentado a la mesa hojeando algún libro.

Mi abuelo era el mayor de ocho hermanos, había interrumpido sus estudios en el Instituto Politécnico Nacional porque su padre creía que quienes salían del pueblo a la Ciudad corrían el riesgo de “pervertirse”. La imagen de ese hombre sacrificado, moldeado por las carencias, poco coincidía con la del hombre sensible y paciente, autor de fotografías y postales, amante de conservar papeles que, en apariencia, no le servían de nada.

Nuestra visita termina alrededor de las 8 pm. Aún no oscurece por completo y hay luna creciente. El cielo despejado hace visible la transición de tonos azules a rosas, el sol que se termina de ocultar golpea con su luz los órganos que sembraron mis abuelos para cercar el terreno que rodea su casa. Tomo una fotografía en la que, sin pretenderlo, también queda dibujada la silueta de esa cerca de cactus, la misma que mis tíos se han negado a vender en más de una ocasión a cualquier persona interesada. Les he preguntado por qué alguien querría comprarlos, entre risas me dicen que porque ya no hay de esos. Pero la única razón que tienen para negarse es que se ha convertido en un recuerdo de su padre.

Esteban Fuentes Martínez nació en Ulapa de Melchor Ocampo el 2 de enero de 1932, lo sé ahora también gracias a la cajita de fotos: una credencial enmicada y sellada del INSEN, guardada ahí, al igual que el álbum, a manera de recuerdo. Habría podido conocer la fecha preguntando directamente a mis tíos o a mi abuelita, pero nadie parecía recordarla con exactitud.

Mi abuelita, al otro extremo de la mesa, menciona números y hace cuentas. Los compara con su edad, se equivoca en los años, y quienes la escuchan ríen porque saben que no cuadran. No recuerda el año de nacimiento de mi abuelo, pero sí los cuatro años que fueron novios; me cuenta con la ilusión intacta cómo pidió su mano: “Me



dijo que si me quería casar con él, y a mí me dio mucha risa, hasta que me dijo: ‘Estoy hablando en serio’”, mi abue incluso cambia un poco la voz para imitar el tono formal de él.

Tan en serio hablaba mi abuelo que, sesenta y tres años después estamos mi abue y yo comiendo pastel y café mientras ella continúa contándome su historia. Entre sus recuerdos me confiesa que no le gustaba vivir en Ulapa porque no había nada: “Una, dos, cinco casas y el casco de la hacienda. Me asomaba en la ventana del cuarto de allá atrás y como todavía no había muchas casas se oía que chillaban los coyotes allá por el mezquital, y a mí me daba mucho miedo estar sola todo el día”.

Una foto de las excavaciones para llevar agua potable a la comunidad da fe de lo que cuenta mi abuelita: en Ulapa no había nada. La imagen probablemente fue tomada en 1973, en esos años mi abuelo era comisariado y el municipio estaba presidido por una mujer, la profesora Evangelina. Estas fotografías servían como evidencia de las gestiones para llevar agua a la comunidad. El señor Esteban Fuentes, o “Temporal” como le apodaban, se convirtió en uno de los vecinos más conocidos y participativos de Ulapa. Su apodo tenía que ver con su baja estatura, los hombres dedicados al campo decían que había crecido como las “siembras de temporal”. Tenía un afecto especial por ese lugar.

La única ocasión en que su domicilio cambió de manera drástica fue cuando intentó estudiar en la escuela de Santo Tomás en la Ciudad de México. Cuando esa posibilidad se vio truncada decidió construir su casa en un terreno que había adquirido como ejidatario a la edad de seis años. Sucede que, por la Reforma Agraria, en ese entonces las tierras que conformaban la hacienda de San Nicolás fueron repartidas a los adultos y luego a los niños.

Años más tarde, al no conseguir apoyo de su madre para comenzar su casa, mi abuelo le propuso un trato al señor Germán: intercambiar una parte del terreno a cambio de materiales para cimentarla. Del acuerdo, por supuesto, no hay fotografías, pero sí existe una de un joven Esteban levantando una barda de ladrillos con sus propias manos; es la misma casa donde ahora mi abuelita nos ofrece más café o leche mientras seguimos sentados a la mesa.



Mi abuelita tiene un gesto tierno: se sonroja y desvía la mirada cuando le preguntamos cómo le decía mi abuelito en sus cartas: “Me decía chama-ca”. Hay historias que le gusta contar más que otras, que repite con una sonrisa en la cara, como cuando recuerda los bailes y las carreras de caballos en las que coincidía con él cuando la pretendía. Mientras que otras, prefiere reservárselas. Hablar de la madre de mi abuelito y de sus hermanos siempre estuvo rodeado de una atmósfera de censura e incomodidad, todo lo que podía saber se resumía a “no eran muy cercanos”. Pero como he aprendido, las fotografías terminan diciendo mucho más.

No pregunté, sólo hice una copia con mi teléfono de dos fotos que por el desgaste parecían más antiguas que el resto. En la primera aparecen dos personas mayores al centro. Sólo sé la identidad de una: Sebastiana Martínez, la madre de mi abuelito; a su lado está él, le sigue su hermana Benita, en el otro extremo aparecen una mujer, una niña pequeña de la mano

de un hombre y otra mujer más de quienes desconozco sus nombres.

La segunda foto muestra a Jesús, Julia y Juvencia, sus hermanos menores. La composición es particularmente bella, en primer plano una bicicleta descansa en una columna del corredor, la profundidad de la imagen conduce la mirada al vértice de la casa y justo debajo, en ese punto de fuga, aparecen ellos tres. Parece una fotografía cuidadosamente pensada. Las diferencias habían fragmen-

tado el vínculo entre ellos. Aun así, mi abuelo había reservado un lugar para esas fotos junto a las de sus hijos.

Dos fotos se complementan entre sí y forman un cuadro. El escenario es el mar y en cada una aparece uno de mis abuelos; se turnaron para tomar la fotografía, por eso no aparecen juntos al mismo tiempo. Es San Juan de Ulúa, Veracruz, en 1970. Años más tarde, Veracruz sería uno de sus destinos predilectos para vacacionar, al igual que San Juan de los Lagos. A esos viajes le antecedieron muchos otros, el primero por su luna de miel en agosto de 1963, cuando viajaron a Tampico.

Mi abuelita me cuenta que tomaron un autobús que los llevó primero al municipio vecino:



Tlahuelilpan. Desde la central abordaron con destino a la Ciudad de México, donde tomarían un tren en la estación Buenavista hacia Aguascalientes y finalmente a Tampico. En esos años las cosechas de trigo se pagaban bien, y con el dinero que recibió por una sola mi abuelo pudo cubrir los gastos de la boda y también el viaje.

“Tu abuelito agarraba su cámara y se iba ahí al cuarto del maíz. Se tomaba fotos con su camioneta”, me dice mi abuelita mientras mira a la izquierda y señala el lugar. “Sí, vi una foto en donde está acostado sobre la camioneta”, le respondo. Le pregunto si ella la tomó. Asiente, lleva las manos a la altura del pecho y mira el hueco que se forma entre ellas, como si volviera a sostener la cámara. “Él me decía cómo tomarla y qué moverle para que saliera bien la foto”. Es una imagen simpática, alegre, incluso desentona con las historias que yo había imaginado sobre la vida cotidiana de mi abuelo.

De sobra conozco los relatos de la famosa libreta en donde anotaba un nombre para cada borrego, siguiendo el calendario o inventando algún apodo, junto a la fecha de nacimiento y edad. Designaba un momento a cumplir cabalmente con ese registro, pero yo no imaginaba que también dedicara tiempo a crear fotos en el patio de siempre, con la misma camioneta y el mismo paisaje.



Breve historia de la fotografía II

La hija pequeña de Edwin Land le pregunta por qué no puede ver enseguida la foto que le acaba de tomar. Ante su insistencia, Land experimenta con láminas y químicos hasta conseguir que una imagen se revele en tan sólo sesenta segundos. Varias décadas antes, la primera fotografía de la historia, atribuida a Joseph Nicéphore Niépce, había necesitado ocho horas tan sólo de tiempo de exposición.

Las fotografías capturadas por mi abuelo tenían otro tiempo de espera. Entregaba las tiras y rollos a algún amigo fotógrafo que conociera en la zona y él se encargaba después de llevarlos a la Ciudad de México, a estudios fotográficos para revelarlos. Con el paso de los años comenzaron a aparecer locales de fotografía en municipios vecinos como Tula de Allende y Tlahuelilpan. Entonces el tiempo de espera para ver las imágenes se redujo de un mes a quince u ocho días. Aun así, hasta hoy en Ulapa no ha existido un lugar dedicado al revelado e impresión de fotografías.

Las fotos de los viajes llevan a modo de título el nombre del lugar, están fechadas con día, mes y año. Al reverso llevan escrito “Recuerdo de”. Esteban Fuentes era un hombre consciente del valor del tiempo; por

Germinar los dientes

Lorenza Lozano

Es tiempo de ciruelas y mi abuelo ya no tiene dientes. Perdió los primeros antes de ser viejo. En plena época, se trepó a lo más alto del ciruelo criollo del patio para bajar frutas. Le ganó la avaricia. Quiso bajarlas todas y trepó demasiado arriba, hasta donde las ramas se van haciendo flacas. “Ni modo que deje yo toda esa fruta ahí colgada: se nos va a engusar toda o se la van a comer las malditas ardillas y las hormigas y las moscas”, decía. “Y hasta van a sobrar ciruelas para que te salgas a vender. Orita verás”. Subió más alto que nadie y, con las manos llenas de ciruelas maduras, se venció la rama y acabó el hombre desparrado en el piso. Ni cuenta se dio y ya tenía la boca partida. Pulpa de ciruela y pulpa de boca y sangre en la tierra del patio. El abuelo furioso y sus dientes como semillas de maíz sin casa. Quedó chimuelo y ya nunca se le quitó la mohína.

Desde entonces va a todas partes con una cajita en la bolsa del pantalón. Una cajita que suena y suena mientras camina. Son sus dientes, que suenan como una marimba oscura. Nadie de nosotros —sus hijas y nietos— se atreve a preguntarle por qué los carga. Mi abuelo cree que nadie de nosotros sabe. Pero cuando camina se oyen los dientes como dados. Antes, cuando todavía le quedaban varios en la boca, nos asustaba enseñando los huecos. Después dejó de parecerle chistoso. Ya le daba pena. Se empezó a llenar su cajita de más y más piezas: más dientes y más larga la marimba.

Iba por todos lados preguntando por dentistas, o lo que en ese pueblo se considera un dentista. Pedía consulta y sacaba su cajita. “Mire, doctor: necesito que me vuelva a poner estos dientes que tengo aquí, mire. No me tiene que poner postizos porque aquí los guardé todos. Nomás vuélvamelos a poner. Sale más barato así sin postizos, ¿verdad?”. No aceptaba explicaciones sobre que los dientes caídos por vejez y por descuido no se pueden volver a poner así como así. “Ya sus dientes no se le detienen con la boca; por eso se le cayeron”, dijo uno. “Estos dientes ya no tienen

un lado, conocía la paciencia que demandaba su afición y, por otro, sabía atesorar recuerdos.

Mis fotos favoritas son un par de recuadros que se mantienen y confunden entre el mar de memorias y recortes de fotografías. En una aparece mi abuelito acompañado de un perro alto y melenudo. La otra: una imagen del campo, pero la toma se concentra en un toro a mitad del paisaje. El blanco y negro acentúan un contraste imposible de ignorar.

Las tomas desafían la idea de mi abuelo como un señor siempre aprisa, sin tiempo para desperdiciar en trivialidades. Un hombre

que vivía del trabajo y de sentirse útil. Es ahora él quien se detuvo a contemplar una escena simple de su día a día, a jugar y retratarse junto a su perro; él quien se tomó la molestia de hacerle una foto a un animal más del ganado. Invertió material, tiempo y dinero en esas imágenes que habría de guardar con la misma relevancia que los viajes, cumpleaños y aniversarios.

Esteban Fuentes Martínez me conoció desde el día en que nací, mientras que yo continué conociéndolo. Escribo esta crónica unos días en Hidalgo y otros en Puebla, intentando leer las pistas que ha dejado entre apuntes, rostros y nombres que no conozco y otros con los que he crecido. Finalmente, como una especie de coincidencia o reencuentro, como he querido llamarle deliberadamente, dos fotos más, de las cuales ya he hecho una copia digital que se sumará a los GB de mi memoria, me sorprenden; como título llevan: “Puebla 31-12-60” y “Cholula 31-12-60”. 



Yazlin Aketzalli (Tula de Allende, 1998). Es Licenciada en Teatro por la UAEH. Cursó la Maestría en Literatura aplicada en la IBERO. Ha publicado en *Punto de partida* y en el Blog *Librópolis* de la UNAM. Forma parte de la colectiva artística *Actrices de ocasión*. @actricesdeocasion Substack: @yazlinaketzalli

remedio, señor. No es cuestión de regresarlos a su lugar, sino de cambiarlos por unos nuevos”, dijo otro. Y otro más explicó: “No se puede. Es como intentar volverle a poner los granos a un elote mordido”.

El chimuelo, ahora viejo, acomoda sus pérdidas —blanquísimas unas y menos blancas otras— en un orden que sólo tiene sentido para él; cada mañana las limpia y las hace desfilar hacia su lugar preciso. Terminado el rito, cierra la caja, se la pone en la bolsa y se vuelven a desacomodar otra vez. Y por la noche lo mismo: sacarlas, limpiarlas, acomodarlas. Todos los días y todas las noches lo mismo.

Así procuró guardar su secreto, que con los años se volvió imposible de disimular. Demasiadas pérdidas. Dejó de sonreír; dejó de comer tostadas; dejó de buscar dentistas. Empezó a hablar menos. Cambió el rito. Un día de principios de otoño decidió poner a germinar sus dientes. Los envolvió en torundas de algodón húmedas. Cada uno, con su respectivo algodón, en uno de los nichos del cartón de huevo. Los puso afuerita de su ventana, porque ahí sí daba el sol y los podía mantener calientitos. Y esperó.

A los quince días, los dientes echaron raíz. Por el algodón húmedo se transparentaba, de color violeta y lila, la raíz de cada uno, más parecida a nervios o a venas muy tenues. “Los voy a plantar hoy en la noche. No le hace cómo esté

la luna; nomás con que sea de noche basta”, les murmuraba a sus dientes germinados. Y así lo hizo. Lo escuché salir muy calladito y muy noche al patio de atrás, donde el enorme ciruelo seguía extendiendo sus ramas hasta cubrirlo todo. Caminé silencioso hasta la higuera, desde la que se ve todo el patio, y lo espí por entre las hojas. El viejo fue plantando uno a uno sus dientes en el lugar donde empezaron sus desdichas: alrededor del ciruelo. Insistiendo con las manos en apartar la tierra, sin herramientas; sólo con sus manos. Cada diente, ya sin algodón, en su agujero.

Apenas tapa el último hoyo y ya se empieza a quebrar la tierra. Brota y brota sin cesar del piso una enredadera blanca. Primero va pegadita a la tierra y de pronto se alza, extendiendo sus ventosas sedientas, flotantes, buscando de dónde asirse. Toca el tronco gris del ciruelo y se arriman luego luego y se enroscan. Van subiendo, tocando, tanteando a oscuras pero con rumbo; redondas, orgánicas, ligeras. El tronco cruje como barco viejo; ramas que se quiebran: la madera sufre y la enredadera implacable se va haciendo gruesa y alta y tupida. El ciruelo ya no puede más y la enredadera de los dientes aprieta y aprieta. Voraz, incesante, lenta y veloz, buscando una luz que no encuentra en el patio. El viejo palidece y ya no puede hablar y ya no puede sino ver. Un crujido seco. Furioso. Y su última mirada blanca. 

Lorenza Lozano (Ciudad de México, 2002). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Ha sido becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas (2024) y del XXI Diplomado de Creación Literaria Xavier Villaurrutia de la Coordinación Nacional de Literatura del INBAL (2025-2026).

Efectos secundarios

Heyel Samael Salgado Velazquez

Me desplomé frenéticamente en el diván, esa tumba de terciopelo que oficiaba mis confesiones en cada consulta.

—¡Mandé al diablo la risperidona, doctor! No tolero este sopor que me embota el juicio sin exorcizar lo que veo.

El psicoterapeuta me observó sobre el borde de sus gafas, manteniendo esa indolencia clínica que siempre percibí como un insulto.

—Es peligroso suspender la medicación psiquiátrica de esa manera. Los fármacos son el muro entre usted y sus proyecciones.

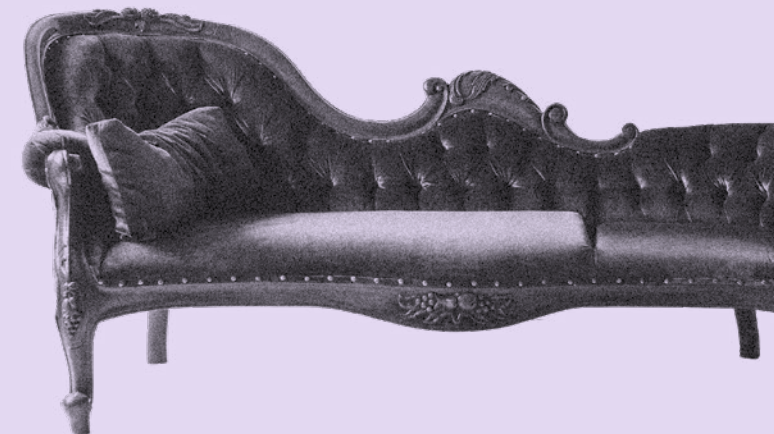
—No ha vuelto —lo interrumpí—. Nunca se marchó.

Guardó un silencio denso. Garabateó algo en su libreta con pulso errático y me tendió el papel. Pensé que sería una nueva orden de internamiento. Al recibirla, sus dedos, gélidos, rozaron los míos.

En la hoja, un trazo desesperado revelaba la sentencia:

“También lo veo”. 

Heyel Samael Salgado Velazquez (Ciudad de México, 2007). Es tanatopractor y estudia Psicología en la UNAM. Es parte de la antología *Caleidoscopio* (2026), y ha publicado en *Goooya* (PUEDJS, UNAM). Fue ganador del certamen Tiro libre a la ficción (SECTEI/Red de Bibliotecas Públicas de la Ciudad de México, 2026).



Cuando las canciones de los Beatles y Bad Bunny suenen en otras galaxias

Manuel Fons

1. Antología Voyager. Si aun las antologías más acotadas, del tipo *Los veinte mejores poetas del FOVISSSTE Miravalles nacidos en los 2000*, generan un sinfín de polémicas, no quiero imaginar el escándalo que se habría armado si el disco de oro que la NASA mandó en las sondas Voyager 1 y 2 en 1977, con lo más representativo de la Tierra y de la humanidad, hubiera sido una elección pública, sobre todo considerando el espacio tan reducido (la capacidad de almacenamiento de un viejo vinilo) para incluir lo seleccionado.

1.1. Una antología así implica controversias interminables sobre cada elección: ¿por qué incluir la música y no la filatelia?, ¿por qué música clásica y no unas cumbias perronas?, ¿por qué Bach y no John Cage o Luigi Nono?, ¿por qué el segundo movimiento de Brandenburgo y no el quinto?, ¿por qué la interpretación de Karl Richter y no la de Trevor Pinnok?...

1.2. Como cada una de estas elecciones implica todo el conocimiento y toda la escala axiológica de la humanidad, para llegar a conclusiones satisfactorias habría que formar un comité interdisciplinario de expertos y discutirlo por miles de generaciones, y quizá nunca se llegaría a un acuerdo. Por suerte, los científicos no son como el asno de Buridán. Para elaborar esa complejísima antología, la NASA designó a Carl Sagan, y asunto resuelto.

1.3. Carl Sagan hizo una clasificación heteróclita, tipo el Aleph de Borges, que incluyó sonidos de pájaros, lobos, grillos, trenes, *La consagración de la primavera*, el canto de las ballenas, el chasquido de una madre besando a su hijo, canciones pigmeas, saludos en sesenta y siete lenguas (las

hegemónicas y otras como el acadio, el urdu, el chichewa y el nguni), imágenes, ondas cerebrales, etcétera.¹

1.3.1. En la actualidad, quizá, se podría mandar toda la música de Spotify en un gran disco duro y una biblioteca con diez millones de libros y diez millones de imágenes.²

2. Lanzamiento del disco de oro. La idea del disco lanzado al espacio como un *frisbee* sideral es bellísima, como una botella lanzada al mar cósmico en busca de una inteligencia que sea capaz de encontrarlo, descifrarlo y responderlo. Lo malo, para los impacientes, es que la estrella más cercana a la Tierra es Alfa Centauri, que está a 41.2 billones de kilómetros. Si las sondas viajaran a la velocidad de la luz, llegarían en 4.36 años; pero como sólo viajan a 65 000 kilómetros por hora, si no fallan mis números, tardarían 72 356 años en pasar por ahí.

2.1. Por otra parte, nada nos asegura que haya vida inteligente en ese barrio cósmico: podría ser un planeta de organismos monocelulares o de reguetoneros. Lo bueno es que se calcula que el disco puede viajar hasta mil millones de años; hay tiempo.

3. Recepción del disco de oro. Supongamos que una inteligencia extraterrestre encuentra y decodifica el disco de oro. Esto se presta para una serie de elucubraciones:

3.1. En caso de que haya vida inteligente, no importa si estos seres son como E.T., Marvin, Alf o Kang y Kodos, el problema sería que su aparato sensorial no percibiera el mismo rango de sonidos que el nuestro. Sabemos que los colores, los olores y los sonidos que captamos de la realidad no son iguales para todas las especies, que cada una abarca un bando de frecuencias distinto. En el caso de los humanos, entre 20 Hz y 20 kHz; debajo de ese rango escuchan las ratas, los topos, los elefantes; encima: gatos, perros, delfines, murciélagos. Si se diera el caso de que los extraterrestres escucharan debajo o encima del rango en el que se codificó nuestra música, serían físicamente incapaces de percibirla. Quizá podrían transportarla como en nuestro sistema temperado, pero escucharían algo distinto, por ejemplo, Barry White con voz de *castrato* infrasónico.

3.2. Supongamos que su percepción sensorial es igual o superior a la nuestra y que decodifican todos los sonidos e imágenes que les mandemos, incluso los saludos, pero ¿cómo podría ser su experiencia

¹ En esta lista compilé el *soundtrack* de lo que se mandó al espacio. No es la única, pero es trabajo honesto: <https://open.spotify.com/playlist/6LsPgN5wBBc1IMxnSm2yIt?si=4aecc7f01552446d>

² Dato curioso 1: Sagan eligió la canción "Here Comes the Sun" de los Beatles, pero la disquera EMI se la negó, no fuera a ser que una civilización extraterrestre lucrara y se enriqueciera sin pagar derechos, regalías ni impuestos. Dato curioso 2: incluye una canción mexicana: "El cascabel", de Lorenzo Barcelata, interpretada por el Mariachi México de Pepe Villa.

musical?, ¿cómo escucharían la *Quinta* de Beethoven, el son “El cascabel”, la canción de boda peruana?

3.2.1. Es posible que escuchen, pero que no disfruten, que padezcan alguna de las amusias que cuenta Oliver Sacks en su libro *Musicofilia*. En el prefacio, de hecho, refiere un cuento de Arthur C. Clarke, “El fin de la infancia”, donde los extraterrestres no entienden por qué los humanos reaccionan a las vibraciones sonoras de una manera tan emocional.

3.2.2. También puede ser que disfruten la música, pero no entiendan las letras. Heidegger dijo que, para los lagartos, lo que piensan los seres humanos es aburridísimo y totalmente inconcebible; Wittgenstein, a su vez, razonó: “Si un león pudiera hablar, no lo podríamos entender”. Si no me equivoco, tanto Heidegger como Wittgenstein se refieren a que el lenguaje tiene distintos niveles: una cosa es entender el referente literal y otra, toda la cultura y todo el sistema de valores y creencias, toda la experiencia humana implícita en las palabras.³

3.2.2.1. Si más adelante la NASA logra mandar “Here Comes the Sun”, aunque un extraterrestre lograra encontrar un equivalente de cada palabra de George Harrison en su idioma, no significa que entendería a qué se refiere. Una lectura literal de la frase *Here comes the sun* podría entenderse como un evento astronómico: que el universo va a contraerse y el Sol está a punto de implosionar, fenómenos que han ser concebibles en su experiencia si el universo, como dicen los astrónomos, funciona así. No sabemos si conozcan el concepto del cariño, el amor, la ternura, por lo tanto, con el verso *Little darling* podrían pensar que es una persona de pequeñas dimensiones llamada Darling... Y así para cada frase.

3.3. Si nuestros aparatos sensoriales son semejantes, es posible que muchas disciplinas artísticas sean disfrutables en todo el universo por lo que ofrecen a los sentidos, independientemente del significado; así, *The Planets* de Holst, *La noche estrellada* de Van Gogh, *A Space Odyssey* de Kubrick podrían ofrecer estímulos visuales y sonoros a cualquier civilización inteligente del universo, pero la literatura, que depende del lenguaje y del significado para disfrutarla, no les daría ningún placer. Si acaso, podrían valorarla por sus características plásticas: la edición de los libros, la portada, la composición, la

³ Véase el célebre ejemplo de Wittgenstein del escarabajo en la caja en el aforismo 293 de sus *Investigaciones filosóficas*.

tipografía, la distribución de los espacios, y podrían traducir algunas palabras concretas relacionadas con su experiencia, como *vivir*, *morir*, *planeta*, *agua*, etcétera.

3.3.1. Aun si les mandáramos ediciones críticas, donde se explicara cada acción y cada adjetivo, dichas explicaciones requerirían otras explicaciones y así, *ad infinitum*, pues hay fenómenos que no son comprensibles sin una experiencia. ¿Cómo se le puede explicar el color azul a alguien que nunca ha visto ningún color?

3.3.2. Un cuento maya-itzá llamado “El origen del mundo” dice más o menos así:

Una mamá le pide a su hijo desobediente que no se vaya a sentar encima del ayote. El niño, desde luego, lo hace y el ayote lo persigue. El niño ve a un tigre que le pregunta qué pasa. Éste le explica y cuando se oye el zumbido del ayote, el tigre dice: ‘cuñado, esto no es con nosotros’ y corren. Sucede lo mismo cuando pasan por donde está un leñador. Luego van los tres corriendo, encuentran a una anciana, les dice que entren a su casa; cuando pasa por ahí el ayote, lo parte con su machete, y en los pedazos ‘ve el mundo entero en donde estamos’.

3.3.2.1. Pocos kilómetros y pocos años nos separan de la cultura que produjo este cuento y, además, está traducido; no tenemos que batallar para entender el idioma original (*ixnuuque layti' a naxi'yokol ca' je'la tu'ux'ano'on*). Parece simple, pero es muy fácil de malinterpretar. Alejos García nos acerca al significado: al principio, uno piensa que el niño transgredió un valor moral con su travesura y, por tanto, será castigado. En realidad, su transgresión es positiva porque posibilita el descubrimiento. La travesura puede ser una fuente de conocimientos. Lo de “cuñado” se debe al ambiente mitológico y a que en esos relatos los jaguares suelen tener relaciones humanas. La anciana es valiente, sabia y parece saber de antemano la situación. En cuanto al ayote, que es una calabaza, incluso para Alejos es un enigma: “seguramente encierra entimemas culturales clave para la comprensión del relato”⁴.

⁴ Proyecto “Antiguos relatos mesoamericanos”, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM. Coordinación general: Dr. José Ovidio Alejos García.

4. **El disco de ellos.** Tal vez ya nos han mandado antologías de otras galaxias, pero en otros soportes y ni cuenta nos dimos, o llegaron como esos *crushes* que te buscan en los momentos más inoportunos.

4.1. Si un día nos llega un disco de oro del espacio, quizá podremos disfrutar de sonidos e imágenes asombrosas; pero, si mandan literatura, no habría criptólogo, traductor, piedra roseta ni edición crítica que lograra sacarnos un lumen de comprensión: tendríamos un montón de garabatos y ninguna idea de lo que significan, más allá de algunos verbos y sustantivos simples.

4.1.1. Si nos cuesta trabajo descifrar textos escritos por humanos, como el *Codex Seraphinianus* y el *Manuscrito Voynich*, ¿qué esperanza podría haber de rescatar algo de sentido en manuscritos de otros planetas?

5. **Mientras tanto.** Para que nuestra música conquiste otras galaxias o la de otras galaxias venga a conquistar la Tierra, tiene que ocurrir una abundante serie de azares, y podrían transcurrir miles de millones de años. Mientras tanto, podríamos aprovechar el tiempo para discutir sobre arte y ponernos de acuerdo en lo que es mejor y peor; pues, a como van las cosas con el relativismo y la posverdad, no es imposible que el próximo disco de oro se decida en una votación por redes sociales, y que se quiera quitar a Beethoven para poner a Bad Bunny o mandar una mamarrachada conceptual, como una escultura invisible o una sinfonía de silencios.

5.1. En tal caso, los alienígenas podrían pensar que somos muy estúpidos y seríamos el hazmerreír del cosmos.

5.2. También lo podrían tomar como un escupitajo intergaláctico y venir a hacernos la guerra.

5.3. Así pues, más vale ir reflexionando sobre estos temas. 

Manuel Fons (Guadalajara, 1982). Ha estudiado Literatura y Artes Visuales en universidades de México, España y Hungría. Es autor de cinco libros, el más reciente es *Genios que pintan moscas hiperrealistas con un pincel finísimo de pelo de camello* (2024). <https://manueljons.com>

El que agradece que en la tierra haya música

Iris Morales

Fito Páez canta: *Me gusta estar al lado del camino / fumando el humo mientras todo pasa / me gusta abrir los ojos y estar vivo / [...] / me gusta regresarme del olvido / para acordarme en sueños de mi casa / del chico que jugaba a la pelota...*

Una canción puede desencadenarlo todo.

Entre los que viven en el vértigo del movimiento, yo estoy del lado de los que habitan la orilla. La música me enseñó esto: se puede habitar el mundo sin necesidad de ocuparlo todo. ¿Por qué digo que la música es cosa de la orilla? Porque se contempla desde la intimidad: se observa con claridad lo que está roto. Los que habitan el centro están inmersos en la maquinaria sin poder ver las grietas por donde se filtra la verdad. Al contrario de Spinetta y la poesía, que se vuelven acto de rebelión ante la dictadura argentina, Pink Floyd mira desde Londres la fábrica de sumisión que supone el capitalismo: la verdad de habitar la orilla que la música es un lenguaje cifrado que únicamente se entiende desde ese lugar. Entre el ruido del mundo, la música me entreveró con versos ajenos que se volvieron míos, conformando una memoria hecha melodía —la misma que nos alcanza a todos cuando nos perdemos entre la multitud del caos—. La música es el puente que me devuelve, que me recuerda a dónde pertenezco.

Antes de nacer, antes del aire y la luz, está el ritmo: un corazón bombeando sangre. La casa es el primer territorio donde aprendemos a ser,

Título tomado de un verso de Jorge Luis Borges en el poema "Los justos".

pero el cuerpo es la morada más íntima donde habita la música. El pulso es la primera lección: el cuerpo sabe de ritmo antes de que la mente sepa de música. Por eso cuando un tambor suena, algo adentro reconoce ese golpe repentino. El cuerpo entero es receptor, pintura viva donde la música se impregna. Los ritmos que nuestros ancestros tocaron quedaron grabados en algún lugar del cuerpo colectivo, una memoria que no pasa por la razón sino por los huesos. Es el latido que nos recuerda que no sólo pertenecemos a un lugar, sino también a un cuerpo que arde y nos devuelve al mundo. Quizás por eso hacer música es siempre un acto de encarnación: el sonido necesita cuerpo para existir. Y el cuerpo necesita música para recordar lo que es: ritmo y materia que late.

Hay quienes son susceptibles a la música de una manera distinta, como quien es vulnerable a la luz después de la oscuridad, como otros lo son a las heridas que parecían cerradas. Apreciarla es saber que es un lenguaje primario, más antiguo que las palabras y el nombre de las cosas. Desde siempre se ha incrustado en el cuerpo, penetra como si buscara lugares blandos donde asentarse y hacerse materia: es el alimento del alma. *Una vez vi que no cantabas / y no sé por qué, / si tienes voz tienes palabras*, decía Spinetta, como un reproche: quien niega su propia voz olvida que hay música dormida en su garganta, porque la carne está hecha de canciones no cantadas.

Las canciones no se destiñen: permanecen idénticas mientras nosotros nos volvemos irreconocibles ante nosotros mismos, igual que en la naturaleza donde todo cambia de color. Lo que llega por voces ajenas construye algo adentro sin que lo notemos; sólo tiempo después entendemos que nuestra infancia también estaba siendo moldeada por el sonido, quizá por eso sentimos nostalgia al encontrar el propio reflejo en la música, porque es necesidad de visitarnos. El sonido conserva intactas las otras formas de nosotros que ya no reconocemos. Así es como la música y el hombre comparten el mismo origen, porque venimos del mismo micelio.

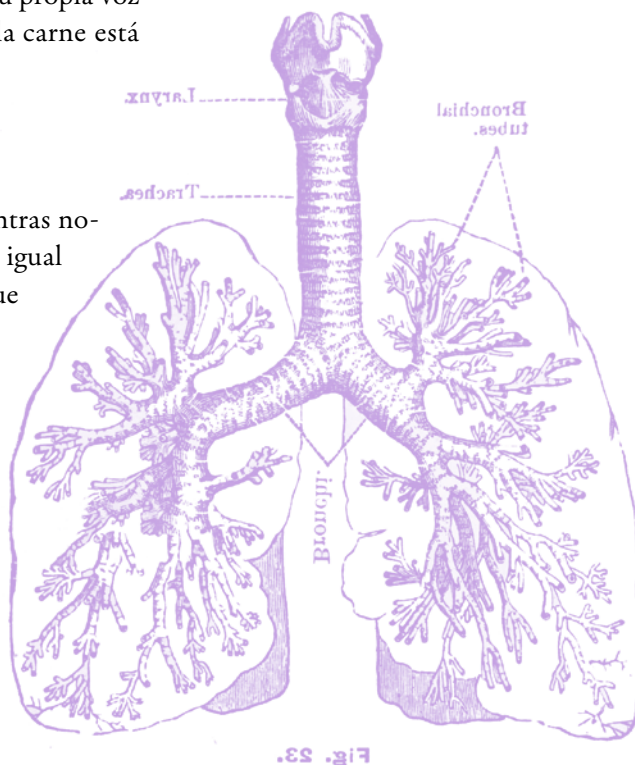


Fig. 33

Entre el silencio y el sonido habito, como entre la noche y el día; vivo en ese umbral. No hay música sin los vacíos entre las notas. Alan Parsons dijo: *You got no choice / because you can't escape the voice*. Como nosotros, que no podemos escapar de la voz, no hay silencio que no esté lleno de la promesa del sonido. La música es la que sostiene el peso del mundo, ya que el silencio absoluto no existe. Hay música incluso en la ausencia de música, una sinfonía involuntaria que el oído busca cuando no tiene a dónde más aferrarse. El silencio está lleno de ruidos pequeños: el zumbido del espacio cuando no hay nada más, el corazón que late, el aire que entra y sale de los pulmones. Vivir en la música es una forma de poblar el interior cuando el silencio expone el bullicio de la mente y deja todo a la vista. Algunos necesitamos de ella como quien necesita respirar. El silencio es donde la música va a morir y a renacer.

Patti Smith dispara un manifiesto: *Jesus died for somebody's sins / but not mine*. La poesía en la música nunca ha sido ornamento: es lo vital, y el rock, el hueso que lo sostiene. Hay algo en la unión de estos fenómenos que desarma las defensas de un género pensado para las voces masculinas: el rock ha entendido que la poesía puede ser visceral, hecha de la misma materia que el deseo y el desborde. Patti Smith demostró que cuando hay poesía en una melodía no necesariamente tiene que ser complaciente: puede ser insurrección. Si los pecados eran suyos y la voz también era suya, nadie iba a redimirla, excepto ella misma. Con cada verso y grito hecho música, el rock se vuelve una redención.

Las palabras suenan antes de significar. El significado vino después. Primero fue el grito, el gemido, el canto. Las lenguas nacieron cantando. Hablo de la música que la lengua ya es: su ritmo, acentos, la forma en que las vocales se abren y las consonantes cortan. Hablar es siempre un artificio sonoro: todo es música antes que gramática. Así también el ritmo del corazón está antes del pensamiento. Una lengua que suena mucho a música es una lengua muy viva.

La resistencia puede sonar a música: así conocí a La Sexta Vocal. Doce hombres que han podido cambiar la narrativa de una lengua amordaza-

da al convertirla en canción. Qué hombre no ha sido discriminado por cantarle a sus propios dioses. Es de rebeldes cambiar la forma de escuchar, es de salvajes vencer el estándar que nos quiso mudos. El ska es el instrumento con el que resurgiremos, como en su tiempo lo fueron las flautas y los tambores: la música es continuidad. Si me he reconciliado con mi origen es porque existe música en él. Porque estos hombres me exhortaron a no olvidar mi lengua, a no dejarla morir en el silencio. Me enseñaron la oración de los músicos: *amigo mío, no te olvides del pasado / [...] / la cultura está en ti*. Así aprendí que cantar no es sólo nostalgia, es sublevación. Hacer música desde los rincones más recónditos es una forma de existir que no pide permiso. La rebelión tiene ritmo de tambores insistentes y flautas apasionadas. Bendigo la música que me devolvió el origen. Bendigo el sonido que se volvió mi propio reino.

Al final, habitar la orilla es una elección, es entender que no todo requiere ocupar el centro, que se puede existir plenamente al lado del camino. La música me enseñó eso, me mostró la dignidad y lucidez en la distancia: desde el extremo o lo oculto de un lugar se respira más hondo. Me enseñó que mi lengua nació libre de gramáticas, sensible, en un lugar donde el silencio y el sonido habitan un mismo umbral. Aprendí a escuchar la voz que estuvo adormecida en mi garganta. *Estar al lado del camino / fumando el humo mientras todo pasa / abrir los ojos y estar vivo*: es suficiente. La música me devolvió a ese margen donde puedo existir sin traducirme. Ésa es mi orilla. 

Umbrío, por la libre a Huitzilac (Morelos)

Jerónimo Palomares



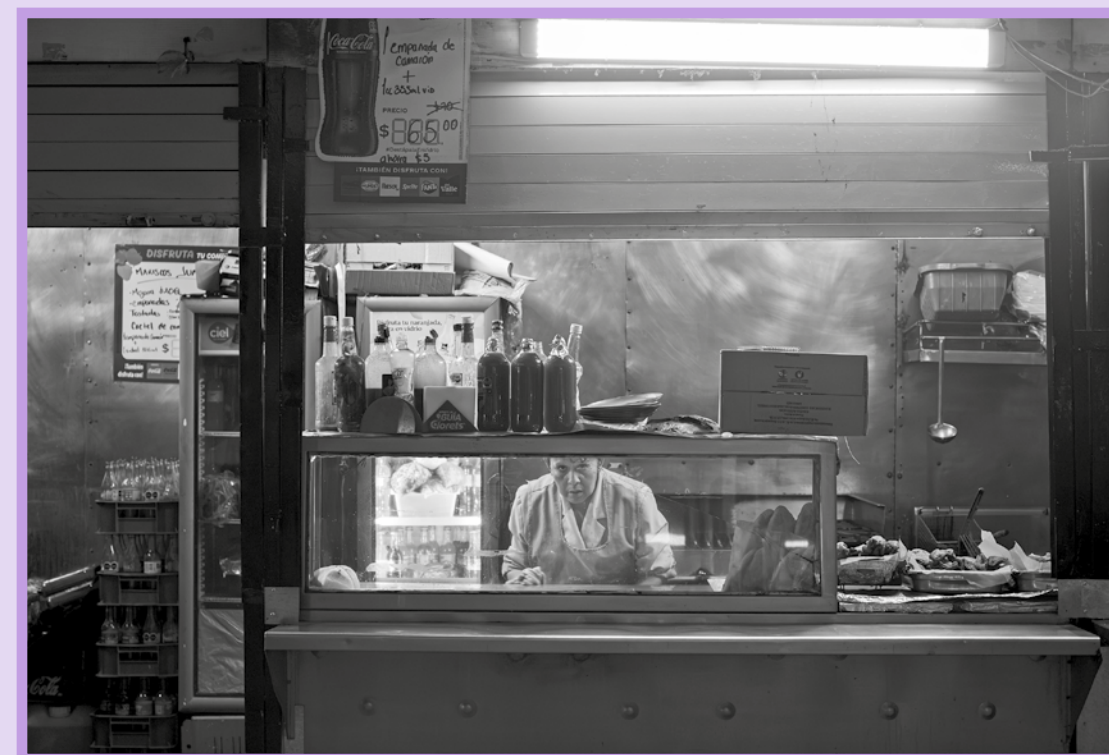
Iris Morales (Ocotepéc, 2005). Estudiante de Lengua y Literatura Hispanoamericanas en la UNACH. Hablante nativa de zoque. Primer lugar en el Concurso Estatal Jóvenes Escritores 2022. Ha publicado en *La Gualdra*. @iris_skn





Todo empieza en Indios Verdes

José Armando Barbosa Mendoza "Kelite"



Jerónimo Palomares (Chetumal, 1979). Artista visual, etnólogo y maestro en Artes Visuales por la UNAM, donde actualmente cursa el Doctorado en Artes y Diseño. Su trabajo aborda memoria, territorio y pueblos originarios del sur de Sonora mediante fotografía, video y escritura. Ha sido becario del FONCA y PECDA. <https://www.jeronimopalomares.com/>





El Sótano Bar Tropical

Jessica Ripoll

Habíamos dicho que saldríamos cinco minutitos
a la acera de enfrente
Ahí nos ves, nosotros cuatro cual coliflores eléctricas
abandonando El Sótano Bar Tropical:
Jaime vomitando detrás de un arbusto
María Antonia levantándose el vestido brillantina
Pablo haciéndose el muerto

Pablo levántate

Pablo levántate

La corbata chorreándole de saliva

Estoy muerto

Corre un aire en remolinos y me lamento del escote
se me han ensanchado las tetas en tan sólo dos días

Galán #3 de la noche me dijo

Qué buena estás

hija de tu madre santísima

Y medité ahí unos segundos sobre eso de estar tan *buena*
mi novel oficio

Dos tumores de grasa altamente prematuros
carcomiéndome enterito el pasado de mi piel

Pablo levántate Corre un aire de pintura neoyorquina
se me paran bajo el fierro del corpiño las antenitas de vinil



José Armando Barbosa Mendoza "Kelite" (Tlalnepantla, 2003). Estudiante de Sociología en la FES Aragón, UNAM. Su trabajo ha sido reconocido en los concursos "Minutos macabros" de la FES Aragón en 2025, en el Primer Concurso de Fotografía de la carrera de Sociología en 2024 y en el Concurso de Fotografía de la Facultad de Psicología en 2026. @Armando_vhs

y no es el frío es la puta policía
Jaime se restriega los restos de hamburguesa y anís
María Antonia en esa esquina tan contenta
Los ojos convulsionándose rodándole
arrastrándose hacia arriba

Pablo levántate

No

Pablo

No

Uiu Uiu Ui

Corremos como pavos turulatos
llevando a Pablo como reina desquiciada

SUÉLTENME HIJOS DE LA CHINGADA

QUÉ NO VEN QUE ESTOY MUERTO

María Antonia quejándose
mientras se alisa por detrás
el maquillaje y el calzón

Era él. Era el hombre de mi vida.

Y solamente suspira

Corremos

Uiu Uiu Ui

Y siento que las tetas se me van a desprender

Boing Boing

Boing

Quiero llorar No aguantaría
perder para siempre las miradas de bulldogs

Estás buenísima

Zorra Malparida Mamasita

Uiu Uiu Ui

Perder para siempre el amor

Ya suélténme maricas

Ya cállate el hocico, Pablo

Corremos

hasta el calor de un gigante vertedero de basura

Ya nos perdió la policía Parecemos cerdos

jadeantes a punto de recibir el hachazo final

Nos miramos

Jaime, María Antonia y Yo Pablo derramado

Habíamos rebuscado el local más pinchuriento

... Pablo

esa noche de los quince de María Antonia

... Pablo

sólo para ver qué podíamos ser ahí

entre viejos lacrimógenos chillando rock en tu idioma

unos niños depravados bailando en la arena movediza

Jaime, María Antonia y Yo

y Pablo haciendo lap dance

al primer macho de su vida

... Pablo

Regresen ustedes

Ya sólo déjenme morir

Jessica Ripoll (Alicante, 2002). Estudió Literatura General y Comparada en la Universidad Complutense. Actualmente realiza estudios de Filosofía en la UNED y una especialidad en Fotografía en la Escuela Activa de Fotografía. Es graduada de la XXI generación del Diplomado en Creación Literaria del INBAL.

Esa paz doméstica espera la muerte

Antonio Colohua

*Me bullen dentro eras
de un tejido descompuesto [...]
La memoria en ti es un reflector de luz activa [...]
Y nunca dejarás de estar aquí*
Pura López Colomé, *El anfitrión y su criatura*

Nunca supe hacer la línea, de la boca
en mis dibujos,
el habla de los palos
y bolitas
atorada, cuando el alpiste
se ha ido chueco por el buche.

Abuela Sirenia cantaba como
pájaro
un tordo
sobre las sombras del vendedor
al deambular
con una cubeta de pintura al cuello.

Del meñique un triángulo,
su piel
llena de surcos
por donde tiempo después iría
caminando ríos.
En el fondo treinta bolsitas.
De a dos
de a dos por diez, se las dejo.

Te digo, traté de imaginar
hormigueros que se enrollan bajo las plantas

de los zapatos cerrados
cada séptimo día

cómo tirita la copa del naranjo,
con luz de fondo

el pino su cuerpo andante
al lado del pozo de rocas
donde encallarían
dos a tres perros
por año.

Pero creo me conté mal.

Digamos que el mal tiempo se da después,
una tarde cantando
cacayitas
antes de saber las puertas
bajo llave
de mi boca,

un lápiz que no sabe dibujar caras.

En la mano de la sombra que
taconeas
el suelo sin pies
por los ojos hay un niño avejentado
ovillo tras la estufa

aun cuando los montes eran
la repetición del aire
y las calles al ras
y los hilos de madera
y el pico blanco y los ríos a tope.

Me refiero a que hubo noches
en que los huesos cantaron
la descomposición de las horas

Empezaría con los huesos
aves endurecidas por su canto.

de telas acartonadas en los tendederos
para alimentarlos a todos.

70

aceptar que es común enredarse con su propia lengua.

todo gris.

●

Mas allá del sol

me dijeron, yo
 tengo un hogar,
 observando el continuo
 flujo de mis articulaciones.
 Cantaría de visita una vez al año
 a comerse los restos de las maltas
 sus raíces devoradas por las hormigas.
 Un día dejaría de aparecer sabrá dios cuando
 frente a la cerca entre las hojas del trueno
 Sirenia sentada y los movimientos
 bajo la tierra *cual alma perdida*,
 su guayabo y el aguacate de donde
 cae la fruta picada por los tordos.
Así por el mundo, la fruta crecida de gusanos
 en el interior de cada semillero
 preguntándose
 entre los intermedios de las rezanderas,
 y el hervor en hojas de plátano

¿Cuántos vasos serán suficientes
 para cafetear un cuerpo?

En el terreno de su casa las
 tablas y los árboles
 se fueron volando por el camino
 abierto como hilos reventados,
 cada vez que tratase de significar
 un cambio de estación.
 A paso lento,
 con el peso de mis palabras
deja que mire su tumba
 en medio de la cocina con la tapa abierta
 ardió mi vista al ver la oscuridad de la madera.
 En el fondo dos puntos blancos
 mirando fijo y lo negro
 cubría la delgadez de sus ríos sin flujo.
 Ahora debo imaginar su cuerpo
 cómo camina de mi mano a las vías,

correr, aunque tuviera los pies hinchados.
 Pero era que tenía que mirar el tren de frente
 aunque nunca le dije que la corneta
 de las máquinas me revolcó las entrañas.

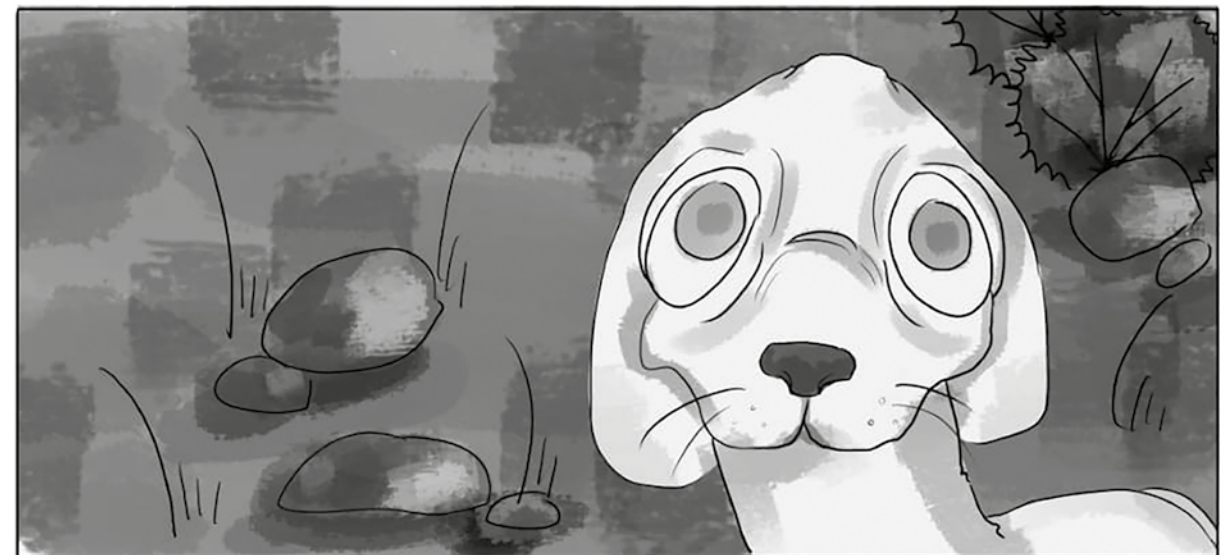
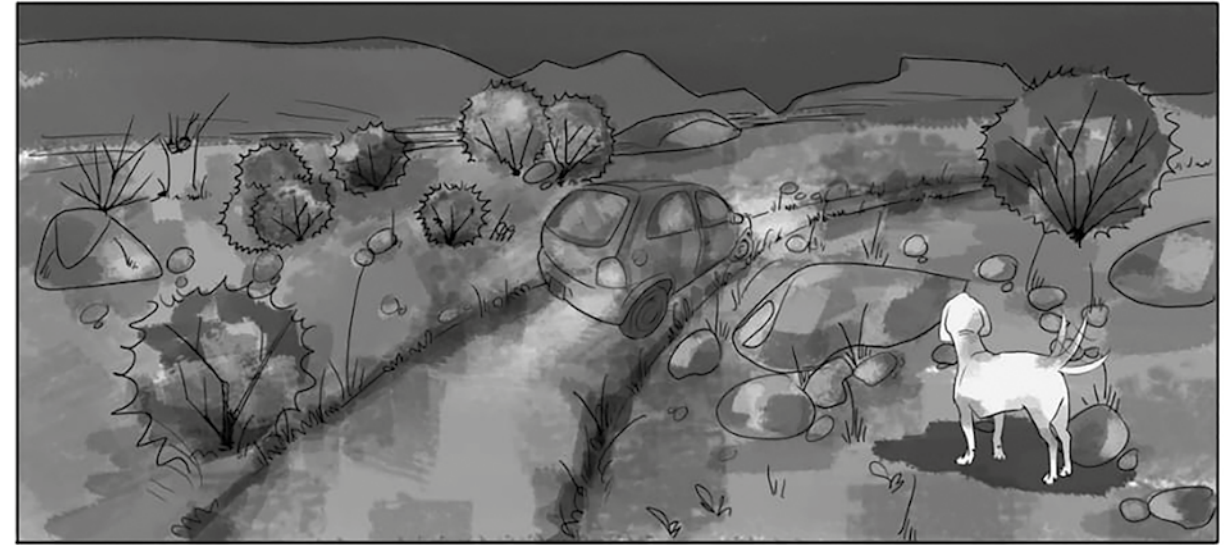
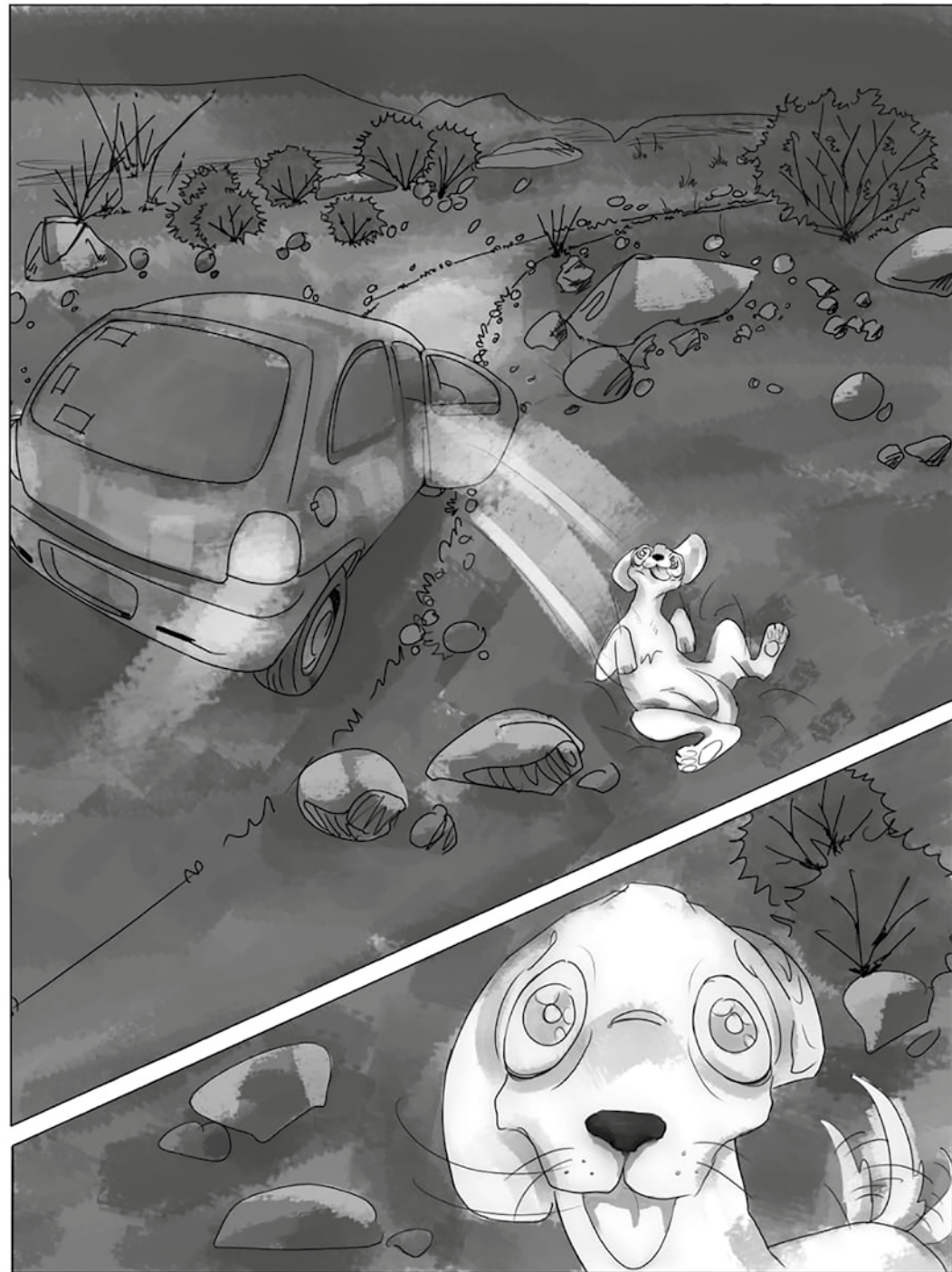
A las torcazas siempre se les ve de a dos.
 Pero yo me quedé aquí
 repitiendo,

Feo tú, Feo tú, Feo tú, Feo tú.

Antonio Colohua (Orizaba, 1999). Es editor, tallerista, estudiante y gestor cultural. Editó la revista *Espora* y colaboró en Comma Ediciones. Es parte de las antologías *Desabrochen sus cinturones: Selección de poesía no-creativa (2025)* y *Nueve estridencias frente al mar (2026)*. Ganador del primer lugar en el 2º Concurso de Poesía LGBTQ+ Darío Galicia 2026. @jc_colohua y @poesiadehuacal <https://poesiadehuacal.com>

Abandonado

Celeste Cano Muñoz



UNA SEMANA

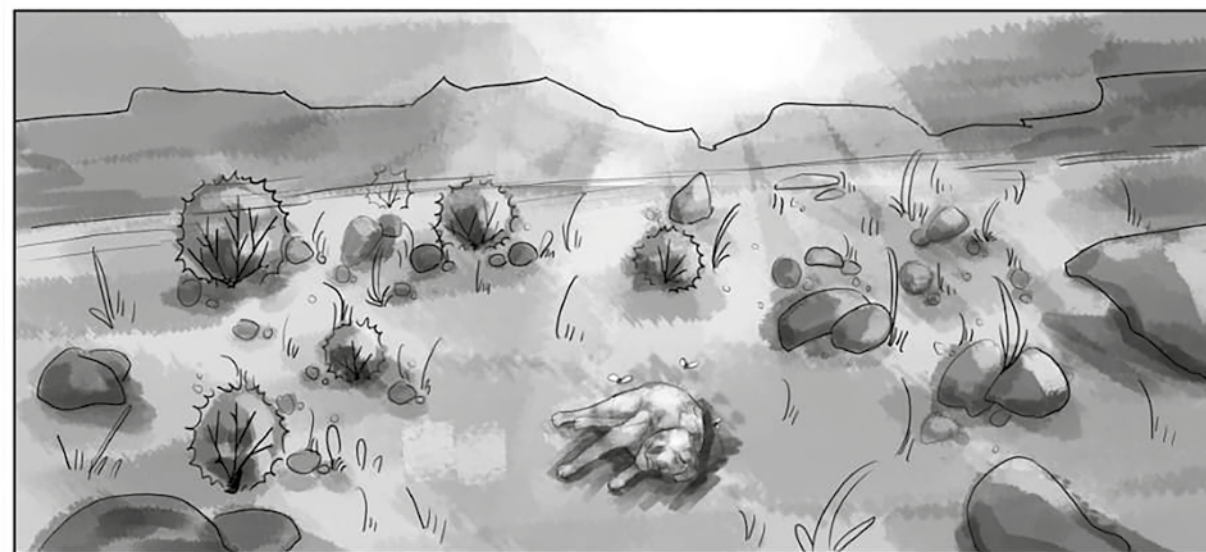


UN MES



UN SEMESTRE





FIN

Celeste Cano Muñoz (Xalapa, 2004). Estudiante de Arquitectura en la UV y de Psicología en la UNAM. Ha sido premiada en dos ocasiones en el concurso Noche de las Estrellas, del Museo de Ciencia y Tecnología de Veracruz, en 2022 con el tercer lugar y en 2023 con el segundo. En 2024 formó parte de la exposición colectiva del Centro Histórico de Xalapa, organizada por la Escuela Industrial Concepción Quiroz Pérez. @ @corzhx

Sentimientos sobre un padre que se fue

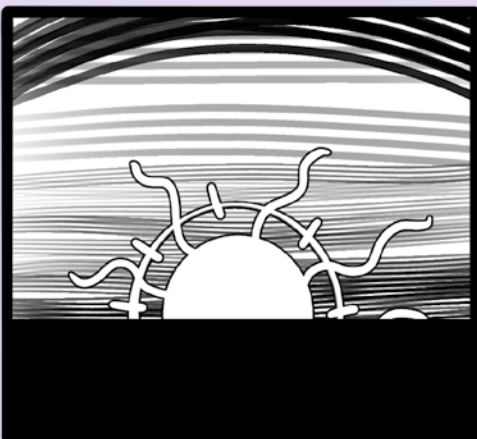
Alejandra Ríos



Pero un día, la Luna murió.

Alejandra Ríos (Parral, 2000). Ilustradora. Estudió Diseño Gráfico en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Obtuvo un reconocimiento por parte de la UACJ en la exposición "Muestra de diseño Consumo responsable del agua" (2025).

El Conejo estaba tan triste,
sumido en su luto, que no
notó la tristeza del Sol.



Éste, en su lamento, dejó de
subir para iluminar el cielo.



Sufriendo su partida.



El Conejo y el Sol
añoran a la Luna,
llorando su ausencia.



Pues ambos amaban a la
Luna.



CRÓNICA

Primer premio

La soledad de las maletas llenas

Natalia Cuellar Barón

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Segundo premio

Écfrasis para mi abuelo

Yazlin Aketzalli Simón Fuentes

Universidad Iberoamericana, Puebla

Menciones

Coraje y miedo

María Olivia Guarneros Rodríguez

Instituto de Profesionalización del Magisterio

Poblano

Oración del 4 de marzo

Luis Fernando Rangel Flores

Universidad de Guadalajara-CUCSH

Jurado: Magali Tercero, Rafael Cabrera,

Aranzazú Ayala

CUENTO

Primer premio

Hilo de Ariadna

Rafael Esteban Gutiérrez Quezada

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Palpitar terrestre

Jaqueline López Carrillo

Universidad de Guadalajara-CUCSH

Menciones

Stalker mórbido

Franco Rodríguez Martínez

Universidad Autónoma de Zacatecas

Bajo el eclipse

Mario Alejandro Galeana Juárez

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Hotel Frontera

Mariana Constantino Sánchez

UACM-Del Valle

Jurado: Fernando de León, Elisa de Gortari,

Bernardo Esquinca

ENSAYO

Primer premio

Cuando las canciones de los Beatles y

Bad Bunny suenen en otras galaxias

José Manuel Martínez Fonseca

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

El que agradece que en la tierra haya música

Iris Ivette Morales Cruz

Universidad Autónoma de Chiapas

Mención

La bolsa-matrioshka

Roxana Cortés Molina

Doctorado en Artes-INBAL

Jurado: Brenda Ríos, Anuar Jalife, Yunuen Díaz

FOTOGRAFÍA

Primer premio

Umbrío, por la libre a Huitzilac (Morelos)

Jerónimo Palomares Galván

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Segundo premio

Todo empieza en Indios Verdes

José Armando Barbosa Mendoza

FES Aragón-UNAM

Mención

Mi mayor miedo

Itzari Mariel Bustillos Gallegos

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Jurado: Maritza López, Oswaldo Ruiz, Sandra Blow

GRÁFICA

Primer premio

Metamorfosis

Sony Hernández Madrigal

ENPEG "La Esmeralda"

Segundo premio

Así jugábamos antes

Briseyda Jannet de Jesús Mendoza Guerra

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Mención

El arte del paso del tiempo

Josué Javier Sosa Caldera

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Jurado: Sergio Ricaño, Kikyz1313

MINIFICCIÓN

Primer premio

Germinar los dientes

Lorenza Lozano Blanco

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Efectos secundarios

Heyel Samael Salgado Velazquez

Facultad de Psicología-UNAM

Menciones

Itzel

Antonio Miguel Muñoz Ortiz

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Giganta

María Olivia Guarneros Rodríguez

Instituto de Profesionalización del Magisterio

Poblano

Habitaciones

Juan Fernando Mondragón Arroyo

Universidad Autónoma del Estado de México

Jurado: Laura Baeza, Atenea Cruz, Alejandro Arteaga



NARRATIVA GRÁFICA

Primer premio

Abandonado

Luisa Celeste Cano Muñoz

Universidad Veracruzana

Segundo premio

Sentimientos sobre un padre que se fue

Ana Alejandra Ríos Chavira

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Mención

¿Quién te va a cuidar?

Lisbeth Arely Trujillo Orduña

Tecnológico de Monterrey

Jurado: Jimena Borboa "Mena Bo", Luis

Guillermo Castillejos

POESÍA

Primer premio

El Sótano Bar Tropical

Jessica Ripoll Osorio

Escuela Activa de Fotografía

Segundo premio

Esa Paz Doméstica Espera la Muerte

José Carlos Antonio Colohua

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Menciones

Una ciencia todavía imprecisa

Sergio Jerome Silva Reyes

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Casa de adobe

Ana Rosa Virgen Solano

Instituto Politécnico Nacional, CICATA-Legaria

El caer de las palomas

Pablo César Osorno Equihua

Tecnológico de Monterrey, Guadalajara

Jurado: Enzia Verduchi, Fernando Enrique Trejo

Trejo, Fabián Espejel



